

Las Cátedras Ambulantes y la educación femenina en San Carlos del Valle

JOSÉ VICENTE RODRÍGUEZ BELLÓN

Investigador independiente

jvrodriiguezbellon@gmail.com

 <https://orcid.org/0009-0001-7666-3922>

Recibido: 31-VIII-2025

Aceptado: 9-XII-2025

RESUMEN

El estudio de las Cátedras Ambulantes durante el franquismo en San Carlos del Valle revela la utilización de la educación como herramienta de adoctrinamiento y control social, especialmente dirigida a las mujeres. La ideología franquista promovía una visión restrictiva de la feminidad, relegando a las mujeres a roles tradicionales de esposa y madre. Las Cátedras Ambulantes llevaban consigo el mensaje del régimen a los lugares más recónditos de España. Un aspecto destacado era el énfasis en la gimnasia y los bailes regionales, promoviendo un estilo de vida activo y saludable entre las niñas. Sin embargo, esta educación deportiva y folclórica también servía como medio de control, reforzando los roles de género tradicionales y preparando a las mujeres para su papel futuro como madres y cuidadoras.

PALABRAS CLAVE: Enseñanza, Cátedras Ambulantes, Mujer, Franquismo, Gimnasia.

[en] The Mobile Classrooms and Women's Education in San Carlos del Valle

ABSTRACT

The study of Mobile Classrooms during the Franco era in San Carlos del Valle reveals the use of education as a tool for indoctrination and social control, particularly targeting women. Francoist ideology promoted a restrictive view of femininity, confining women to traditional roles as wives and mothers. The Mobile Classrooms carried the regime's message to the most remote areas of Spain. A notable aspect was the emphasis on gymnastics and regional dances, promoting an active and healthy lifestyle among girls. However, this athletic and folkloric education also served as a means of control, reinforcing traditional gender roles and preparing women for their future roles as mothers and caregivers.

KEYWORDS: Teaching, Mobile Classrooms, Woman, Francoism, Gymnastics.

1. INTRODUCCIÓN

La educación en España ha experimentado una serie de transformaciones significativas a lo largo de su historia, adaptándose, en todo momento, a los cambios políticos, sociales y económicos del país. Desde la instauración del sistema educativo público en el siglo XIX, pasando por las reformas educativas del siglo XX, hasta el sistema actual, la educación ha sido un reflejo de las dinámicas y los desafíos propios de cada época. A lo largo del siglo XX, las sucesivas reformas educativas trataron de modernizar y democratizar el sistema educativo. La Segunda República promovió una educación laica, inclusiva y basada en los principios de igualdad y justicia social, en donde destacaron las Misiones Pedagógicas, un servicio educativo que inspiró, más tarde, las Cátedras Ambulantes, objeto de estudio de este artículo. No obstante, la Guerra Civil y la posterior dictadura franquista supusieron un retroceso significativo en estos avances. El franquismo, establecido tras la victoria de Francisco Franco en la Guerra Civil, instauró un régimen autoritario que perduró hasta 1975. Durante esta dictadura, la educación en España sufrió una profunda transformación que reflejaba los valores conservadores, nacionalistas y católicos del régimen, con una clara distinción entre la educación masculina y femenina, separación que se llevaba a cabo incluso en la impartición de las clases de gimnasia, bailes o juegos.

El presente estudio se centra en cómo influyeron las Cátedras Ambulantes de la Sección Femenina en la gimnasia, la higiene femenina, los bailes y los teatros, competencias todas impartidas a las niñas y jóvenes de San Carlos del Valle, localidad de la provincia de Ciudad Real. Las Cátedras Ambulantes, consideradas una iniciativa clave de la Sección Femenina, fueron creadas con el objetivo de extender la educación del régimen, en general y, en particular, la práctica de la gimnasia, los bailes y las tradiciones españolas a las mujeres de las áreas rurales y pequeñas localidades, en un contexto en el que el acceso a estas actividades era limitado. Este trabajo trata de poner de manifiesto varias cuestiones clave: en primer lugar, la naturaleza y el contenido de las disciplinas impartidas por las Cátedras Ambulantes; en segundo lugar, las metas y objetivos que perseguían estas actividades dentro del marco ideológico del franquismo; y, finalmente, el legado y las consecuencias de esta formación en la localidad de San Carlos del Valle, tanto en términos de desarrollo físico, adoctrinamiento, diferenciación de género, como de integración social y cultural. Asimismo, se destaca la relevancia de estudiar desde una perspectiva local las experiencias de comunidades rurales para comprender mejor la implementación y el impacto de las políticas educativas en distintos entornos y su influencia en la configuración de las identidades femeninas durante el franquismo.

Al estudiar cómo las Cátedras Ambulantes moldearon la vida de las jóvenes en San Carlos del Valle, se revela una paradoja: mientras estas iniciativas buscaban

perpetuar los valores tradicionales del régimen, también proporcionaron a muchas mujeres un espacio para el desarrollo físico y personal. A través de esta mirada, y la metodología empleada para este trabajo, con las entrevistas y los testimonios resultantes, el estudio supone un diálogo sobre cómo las políticas educativas del pasado siguen influyendo en las dinámicas sociales y culturales actuales, además de hacer valer las experiencias educativas locales y las voces individuales en la construcción de la historia educativa y social.

2. METODOLOGÍA DEL TRABAJO

El trabajo se centra en la educación femenina durante el franquismo en San Carlos del Valle, con especial atención a las Cátedras Ambulantes y su influencia en la formación de las mujeres. Para ello se empleó una metodología plural que combinó revisión bibliográfica, cuestionarios y entrevistas, lo que permitió analizar tanto los datos estadísticos como los testimonios personales. Esta combinación aportó una visión amplia del impacto de las Cátedras, enmarcando su análisis en tres ejes principales: las actividades educativas, el adoctrinamiento educativo y la distinción de género.

La investigación contó con una muestra de 63 mujeres que cursaron sus estudios en la escuela femenina de la localidad entre 1954 y 1976, periodo en el que estuvieron activas las Cátedras Ambulantes. A través de cuestionarios y entrevistas, se recogieron recuerdos de actividades, canciones, juegos y experiencias relacionadas con la educación impartida por la Sección Femenina. Las entrevistas, realizadas bajo la metodología de Historia de Vida, permitieron profundizar en aspectos más personales y en las implicaciones sociales, culturales y familiares de dicha educación. De las 63 participantes, 17 fueron seleccionadas para entrevistas más detalladas, lo que ofreció un testimonio vital de gran valor histórico. Sus relatos no solo describen las prácticas educativas y deportivas, sino también las restricciones de género, la vida cotidiana en el medio rural y las dinámicas familiares en tiempos de dictadura. De este modo, la investigación logra rescatar y visibilizar la experiencia de estas mujeres, aportando una comprensión más profunda del papel de las Cátedras Ambulantes en la configuración de la identidad femenina durante el franquismo. Conviene tener en cuenta que, durante el periodo de 1950 y 1970, un total de 389 mujeres nacieron en la localidad, aunque se estima que aproximadamente un 15 % de ellas fallecieron en los primeros meses de vida y otro 20 % emigró de la localidad a una temprana edad. Esto resalta la importancia de la muestra seleccionada, ya que representa una parte significativa de la población femenina que sobrevivió y creció en San Carlos del Valle durante las dos últimas décadas del franquismo, ofreciendo una perspectiva valiosa sobre la educación fe-

menina y el impacto de las políticas educativas del régimen en la población objeto de estudio (Archivo del Juzgado Municipal de San Carlos del Valle).

En cuanto al perfil social y económico de las participantes durante sus estudios primarios en la escuela de niñas de San Carlos del Valle, se puede resumir de la siguiente manera. Un 57 % provenía de familias de ingresos bajos, un 24 % de ingresos medios y un 19 % de ingresos muy bajos. Asimismo, el 96 % de las familias se sostenía gracias al sector primario; los padres eran jornaleros o pequeños propietarios de tierras donde cultivaban vides, olivos y cereales, mientras que las madres se dedicaban a las tareas del hogar, costura, limpieza y cuidado de niños, ancianos y animales. Además, el 84 % de las participantes realizaba tareas domésticas o ayudaba en labores agrícolas como la recolección de uva y aceituna, simultáneamente con sus estudios. Cabe destacar que un 3 % asumió el cuidado de sus hermanos menores tras la muerte de su madre cuando ellas aún no habían cumplido los 15 años. Todas las participantes en este estudio cursaron sus estudios primarios en la escuela de San Carlos del Valle. De estas, el 84 % asistía a clases diariamente, adquiriendo habilidades en lectura, escritura, cálculo matemático, conocimientos históricos y geográficos, además de aprender a firmar y coser. Aunque en menor medida, también recibieron instrucción en gimnasia, baile, música y teatro. La mayoría expresó satisfacción con la educación recibida, aunque un 17 % manifestó cierta inconformidad.

3. LA MUJER Y LA EDUCACIÓN EN EL FRANQUISMO

La educación de la mujer durante el régimen franquista experimentó dos etapas distintas, cada una con sus características específicas. En los primeros tiempos del franquismo, hasta mediados de la década de los cincuenta, se impuso una educación diferenciada que subordinaba a la mujer al hombre, basada en la doctrina más conservadora de la Iglesia Católica. Por un lado, se eliminó la coeducación y se promovió una educación que reafirmaba roles tradicionales de género, destinando a las mujeres a ser esposas y madres ejemplares. Por otro, se enfatizó la supuesta inferioridad intelectual de las mujeres y su papel como transmisoras de valores tradicionales, alejándolas del trabajo asalariado para dirigirlas hacia actividades consideradas “femeninas”. Hacia la mitad de la década de los cincuenta, el desarrollo económico comenzó a socavar esta estructura social, lo que llevó a cambios en las concepciones sobre el papel de la mujer. Se aprobaron leyes que reconocían algunos derechos laborales y profesionales de las mujeres, aunque con limitaciones, para ello se fundaron asociaciones para promover su participación en la sociedad. A pesar de estos cambios, la educación para las mujeres seguía siendo guiada por valores tradicionales y religiosos que enfatizaban su papel en el hogar

y su subordinación al hombre. Así, se promovió la abnegación y sumisión de la mujer como virtudes fundamentales, y se reforzó el ideal de la maternidad como la función más importante de la mujer, tanto desde un punto de vista biológico como espiritual. La educación de la mujer durante este período, tal y como se ha detallado anteriormente, estuvo estrechamente ligada a los valores de la Falange y la Iglesia Católica. Por lo tanto, aunque se hicieron algunos avances en términos de derechos laborales y profesionales, la educación de la mujer seguía estando fuertemente influenciada por el determinismo religioso y los roles de género tradicionales.

Durante la dictadura franquista, en el itinerario formativo dedicado a las mujeres, aparecían asignaturas específicas como Hogar o Economías Domésticas, y otras materias compartidas con los hombres, como Gimnasia y Formación del Espíritu Nacional, variaban sus contenidos en función del género del estudiante. Esta educación sexista, basada en la diferenciación de género, se extendía más allá de las aulas y permeaba toda la sociedad, contribuyendo a la perpetuación de la visión de la mujer como inferior al hombre. Las mujeres eran educadas para ser esposas y madres abnegadas, destinadas al cuidado del hogar y la familia, mientras que se les negaba sistemáticamente el acceso a una formación que pudiera llevarlas a desempeñar roles profesionales o de liderazgo. Esta política educativa reforzaba y legitimaba una estructura social profundamente patriarcal, donde el papel subordinado de la mujer era visto como natural e incuestionable. Esta desigualdad se veía reflejada en las expectativas sociales y laborales, creando un ciclo vicioso en el que la falta de educación y oportunidades condenaba a las mujeres a la dependencia económica y social (Moraga, 2008: 230-245).

El acceso de las mujeres a la Educación Superior era limitado, con pocas oportunidades para continuar sus estudios más allá de la Educación Primaria. La Formación Profesional también estaba mayoritariamente reservada para hombres, y la presencia de mujeres en la universidad era escasa. Aquellas mujeres que mostraban interés en la educación más allá de lo tradicionalmente asignado a su género eran a menudo desalentadas y enfrentaban estigmatización social. Incluso los textos escolares y las publicaciones de la época reflejaban estereotipos de género, retratando a las mujeres únicamente en roles domésticos y limitados, mientras que los hombres eran representados como proveedores y trabajadores fuera del hogar. Esta división se reflejaba en las normas sociales, como el protocolo de nombres para mujeres casadas y las expectativas de sumisión y obediencia hacia los esposos.

No fue sino hasta la década de los sesenta que comenzaron a surgir cambios en el sistema educativo, aunque de manera insuficiente. Con la Ley General de Educación de 1970, se marcó un punto de inflexión al consagrar la igualdad de género en el sistema escolar y establecer la escolarización obligatoria para todos

los niños hasta los catorce años. Esta ley representó un avance significativo hacia la igualdad de oportunidades en la educación, aunque aún quedaba mucho por hacer para superar por completo las desigualdades de género en el ámbito educativo (Moraga, 2008: 232-242).

Respecto a los órganos encargados de la educación femenina, esta recaía, como se verá a continuación, por un lado, en la Sección Femenina de la Falange, que preparaba a sus alumnas en enseñanzas domésticas, la vida en el hogar o la gimnasia (Cruz, 2016: 33-34). Por otro lado, en la tarea de formar y educar a las niñas intercedió también Acción Católica. Esta última organización abrió sus Escuelas de Hogar en algunas parroquias, cuya formación, aparte de formar a la mujer como buena ama de casa, estaba basada también en la asistencia a los más desfavorecidos de la sociedad (Gómez, 2009: 300-315).

La Sección Femenina surgió en junio de 1934 dentro de la Falange. Al inicio, solo contaba con siete afiliadas, pero para octubre de 1936 ya estaba establecida en 34 provincias y tenía 300.000 miembros. Durante la Guerra, su membresía creció, ya que muchas buscaban seguridad en su afiliación. Inicialmente, se centró en el cuidado de prisioneros y heridos, así como en labores de costura y bordado de uniformes. Los Estatutos de la Sección Femenina, promulgados en 1934, dejaban patente la expectativa de la Falange respecto al papel de las mujeres, concebido como complementario al del hombre. A pesar de esta orientación, algunas mujeres falangistas desempeñaron funciones políticas de propaganda y proselitismo, como Pilar Primo de Rivera y Dora Maqueda, quienes en 1935 realizaron un viaje por España para expandir la organización (Lavail, 2008: 350-370). No obstante, en líneas generales la Sección Femenina promovió la sumisión de la mujer a Dios, al hombre y a la maternidad, en contraste con las demandas de autonomía de las feministas. A diferencia de las mujeres republicanas y anarquistas, abogaba por la abnegación y la retirada de la mujer de la esfera pública. Enfocaba su pensamiento en el desarrollo personal de la mujer en el hogar y el cuidado de los hijos y el esposo.

La educación religiosa reforzaba estos valores, promoviendo la obediencia a la Iglesia y colaborando en actividades parroquiales. La educación de las mujeres estuvo estrechamente controlada por la Sección Femenina del Movimiento, que tenía como objetivo formarlas en aspectos religiosos y políticos. Se crearon instituciones específicas, como el Instituto de Enseñanzas Profesionales de la Mujer, para formar a las mujeres en roles considerados apropiados para su sexo. A pesar de proclamar estos ideales, muchas integrantes destacadas de la Sección Femenina permanecieron solteras. En la práctica, esta organización se convirtió en una escuela política y social para la mujer, con fines propagandísticos e ideológicos. Durante la Guerra, las afiliadas desempeñaron roles diversos, desde enfermeras

hasta trabajadoras en servicios sociales. Pilar Primo de Rivera expresó que el deber de la mujer era “crear familias” (Palacios, 2014: 148).

Por otra parte, la adaptabilidad de la Sección Femenina a los cambios de la dictadura franquista fue enorme, y pretendió combinar los principios de José Antonio Primo de Rivera con las nuevas demandas socioeconómicas, como la necesidad de las madres de trabajar fuera de casa durante el desarrollismo. Aunque la organización no experimentó el ostracismo de la Falange en los años cincuenta, se vio obligada a enfrentar las contradicciones entre la domesticidad y la intelectualidad, asumiendo la responsabilidad de guiar la elección de carreras “femeninas” y adaptándose al acceso creciente de las mujeres a la educación superior (Gómez, 2015: 225-240). La supervivencia de la Sección Femenina se debió a su sumisión a las políticas de la dictadura, aunque perdió influencia en favor de otras organizaciones católicas. La organización continuó su labor, buscando mantener su relevancia a través de su obra propagandística. En la década de los cincuenta, se observó un cambio en el régimen, con la disminución de la influencia de la Falange a favor del sector tecnócrata vinculado al *Opus Dei*. La desaparición del Movimiento Nacional y la dimisión de Pilar Primo de Rivera el 1 de abril de 1977 marcaron el fin de una era para la Sección Femenina, aunque algunas de sus iniciativas perduraron, como los Coros y Danzas.

Entre las iniciativas llevadas a cabo por la Sección, destaca la Hermandad de la Ciudad y el Campo. Esta fue una idea de la Sección Femenina, creada en 1937 con el objetivo de estrechar lazos entre las mujeres urbanas y rurales de España. La Hermandad se basaba en la idea de que la unidad nacional se podía fortalecer a través de la cooperación y el entendimiento mutuo entre las distintas áreas del país, promoviendo una visión integradora de la sociedad española. La Hermandad impulsaba proyectos que beneficiaban tanto a las comunidades urbanas como rurales, como la construcción de infraestructuras básicas, la organización de mercados de productos agrícolas y la promoción de cooperativas. Actividades como la alfabetización, la educación sanitaria y la formación en economía doméstica impartidas por la Sección mejoraban las habilidades prácticas de las mujeres y se fomentaba la importancia de la higiene y la salud en el ámbito rural. Otros eventos de la Hermandad fueron las ferias y concursos de cocina y artesanía. Por otro lado, las Granjas Escuelas y Rurales, establecidas en 1941 por la Sección, fueron instituciones educativas diseñadas para proporcionar formación agrícola y doméstica a las mujeres rurales de España. Las Granjas se realizaron en los pueblos de menos de 5.000 habitantes. Estas instituciones tenían un enfoque práctico y buscaban mejorar las condiciones de vida en las zonas rurales a través de la educación y la capacitación. Por un lado, se ofrecían cursos sobre técnicas agrícolas modernas, manejo de cultivos y cría de ganado, por otro, se impartían clases sobre economía

doméstica que incluían cocina, costura, administración del hogar y cuidado de la familia. También se daba una gran importancia a la educación en higiene y salud (Aguilar Carrión, 2012: 40-50).

Otra de las actividades más destacadas de la Sección Femenina fueron los coros y danzas. La promoción de los coros y danzas comenzó con la creación del Departamento de Música en 1938. La Sección Femenina desde ese año se encargó de investigar y recopilar el valioso folkllore español, dejando un legado importante para la historia de la música y la danza en España. Los coros y danzas eran una red de grupos folclóricos dedicados a la preservación y promoción de la cultura tradicional española. Estos grupos recopilaban y representaban canciones, bailes y trajes típicos de diversas regiones del país, con el propósito de mantener viva la herencia cultural. Los coros y danzas actuaban en festivales y eventos locales, además de representar a España en festivales internacionales, contribuyendo a la difusión de la cultura española en el extranjero. Asimismo, los Concursos de Coros y Danzas coordinaron la investigación y promovieron la formación de grupos folclóricos en toda España (Palacios, 2014: 162).

La Sección Femenina también organizaba cursos y talleres formativos destinados a la mujer española, además de crear las llamadas Escuelas del Hogar que se encontraban en distintos puntos del país y proporcionaban una educación complementaria a las mujeres (Aguilar, 2012: 46). Las conferencias y seminarios sobre temas diversos, desde la historia y la cultura españolas hasta cuestiones políticas y sociales, en menor medida, también jugaron un papel importante en la Sección. Asimismo, se proyectaban películas y se organizaban representaciones teatrales que, además de proporcionar entretenimiento, servían como herramientas de propaganda para difundir los ideales del franquismo. A ello, hay que sumarle las diferentes actividades de socialización, tales como excursiones, campamentos o encuentros deportivos con el objetivo de fomentar la camaradería y el espíritu de comunidad entre las mujeres. Por último, también entre sus acciones se realizaban labores sociales, como la ayuda a grupos falangistas durante eventos revolucionarios, la recolección de fondos para financiar actividades del partido, o la confección de símbolos y banderas.

Por otro lado, se crearon las Cátedras Ambulantes de la Sección Femenina, conocidas como Cátedras Nacionales Motorizadas que surgieron en 1946 con el propósito de ser escuelas móviles que visitaban municipios con menos de 5.000 habitantes. Su objetivo era mejorar diversos aspectos de estas comunidades, incluyendo los económicos, culturales, sociales y espirituales, así como difundir enseñanzas prácticas aplicadas al medio rural. En 1946 se creó la primera Cátedra Ambulante Nacional, denominada “Francisco Franco”. Esta Cátedra desempeñó su función en los pueblos de Guadalajara, Ávila, Teruel y en las zonas más remotas y



Fig. 1: Caravanas de la Cátedra Francisco Franco. Fuente: *Revista Agricultura*, 1948.

pobres de Segovia, Albacete, Cuenca y Ciudad Real. Desde 1954 hasta 1958, surgieron los Equipos de Cátedras provinciales debido al éxito obtenido en su labor. En ocasiones, algunas provincias llegaron a contar con dos Cátedras itinerantes simultáneamente por su territorio. Su éxito fue tal que continuaron operando tras la muerte del dictador, hasta 1976. Estas instituciones se presentaban como pequeñas caravanas motorizadas (Fig. 1), compuestas por un grupo de entre cinco y diez personas –excluyendo a los conductores– y cuatro o cinco camiones-remolque, cada uno con una función específica: un camión vivienda equipado con cocina, sala de estar, aseo y dormitorio; otro con sala de estar y exposición; un camión clínica equipado con rayos X, mesa de reconocimiento y laboratorio; y normalmente dos camiones convertibles en aulas (Gómez, 2010: 93).

Cada Cátedra contaba con una jefa de Cátedra, una instructora de jóvenes, otra de industrias rurales, una profesora de cortes, otra de labores y trabajos manuales y una médica. En algunos casos, la Cátedra también estaba compuesta por una enfermera, profesores de las Cámaras Agrarias, profesores de cocina o camaradas del Sindicato Español Único. Las Cátedras Ambulantes eran descritas como casas nómadas que recorrían los pueblos de España, disipando la ignorancia y abriendo paso a la belleza. Sin embargo, estas palabras no logran capturar completamente la esencia y el alcance real de las Cátedras Ambulantes. Estas instituciones, junto con otros servicios y programas sociales dirigidos por la Sección Femenina, a menudo

son envueltas en un aura de ilusión, alegría y entusiasmo, creando un mito de un mundo ideal y maravilloso del que España era representante digna. Las Cátedras se crearon, por tanto, con la misión de llevar ayuda espiritual, cultural y social a todos los rincones del país, elevando así el nivel de vida y contribuyendo al engrandecimiento de España. La labor de las Cátedras se dividía en tres partes fundamentales. Primero, se realizaba un estudio de las regiones donde se necesitaba intervenir, seleccionando los pueblos a visitar y planificando las actividades adaptadas a sus necesidades. Luego, la Cátedra se desplazaba a los pueblos elegidos y permanecía allí durante un período de 45 a 60 días, adaptándose a las demandas locales y a su programación. Finalmente, se aseguraba de dejar a alguien encargado de continuar con la labor una vez que la Cátedra se marchaba (Sánchez, 1994: 133).

Una de las características más destacadas de estas Cátedras era su enfoque inclusivo. No solo estaban abiertas a mujeres cumplidoras del Servicio Social y mujeres del pueblo, sino que también admitían gratuitamente a personas de todas las edades y géneros, incluyendo hombres, niños y ancianos. Esta apertura demostraba un compromiso genuino con la mejora de las condiciones de vida en las áreas rurales, abriendo las puertas de la educación y la cultura a todos los estratos de la sociedad.

Desde un punto de vista práctico, las Cátedras proporcionaron a las familias campesinas conocimientos clave para aumentar sus ingresos y mejorar su calidad de vida. Esto incluía la creación de pequeñas industrias domésticas utilizando los recursos locales y dando soluciones a problemas sanitarios e higiénicos, además de realizar una importante labor de alfabetización. Este enfoque integral reflejaba el compromiso de la Sección Femenina con el bienestar y el progreso de las comunidades rurales. Además de su labor asistencial, las falangistas también se dedicaron a preservar el folkllore y las tradiciones locales. Mientras enseñaban en los pueblos, recopilaban información sobre artesanía, cantos, fiestas, romerías, costumbres, bailes y cocina típica, que luego conservaban y transmitían a través de distintos servicios de la Sección Femenina. Esta preservación cultural contribuyó a fortalecer el sentido de identidad y pertenencia de las comunidades rurales.

Detrás de esta labor visible y benevolente, las Cátedras también tenían una agenda política clara. En su segundo Consejo Nacional, se estableció que la misión principal de la Sección Femenina era educar a las mujeres en la doctrina nacional sindicalista y católica, con el objetivo de formar ciudadanos leales al Estado franquista. Esta labor adoctrinadora se llevaba a cabo de manera sutil pero efectiva, utilizando las clases y actividades para influir en las creencias y valores de la población rural. A pesar de su enfoque aparentemente altruista, las Cátedras Ambulantes estaban profundamente arraigadas en una agenda política más amplia. Su objetivo final, tal y como se ha comentado, era incorporar a la población rural

en la empresa común de construir un Estado nacionalsindicalista y católico, utilizando la educación y la cultura como herramientas para alcanzar este fin (Ramos y Rabazas, 2007: 239-240).

Las enseñanzas impartidas por las Cátedras eran intensivas y abarcaban ocho áreas principales: formativas –religión, formación del espíritu nacional, canciones y bailes regionales, canto gregoriano, gimnasia–; sanitarias –puericultura, higiene, medicina casera y de urgencia, socorrismo, análisis médicos, vacunaciones, tratamientos–; culturales –lucha contra el analfabetismo, nociones de cultura general); hogareñas –labores manuales, corte y confección, cocina, economía doméstica, decoración–; agrícolas –apicultura, avicultura, sericicultura, cunicultura, porcino-cultura, horticultura, floricultura, curtido de pieles, industrias lácteas, conservería, artesanía rural, economía rural–; educación infantil –religión, formación del espíritu nacional, música– (Sánchez, 1994: 134). Las actividades y enseñanzas impartidas se dividían en grupos diferenciados por sexo y edad. Para las mujeres adultas, el programa se centraba en: religión; formación político-social; gimnasia; canciones y danzas; puericultura; higiene; cultura general; industrias rurales; y hogar. Para las chicas entre 12 y 17 años, la formación se enfocaba en gimnasia, música, formación cívico-política y social, además de otras actividades artesanales complementarias. Además, los hombres tenían acceso a clases de artesanía, industrias rurales y cultura general, que se realizaban al atardecer, junto con niños y ancianos, quienes participaban en actividades de ocio y entretenimiento de diversos tipos (Ramos y Rabazas, 2007: 231).

Durante todo su tiempo de funcionamiento, las Cátedras mantuvieron el compromiso de contribuir a la alfabetización de los pueblos. El horario se desarrollaba de lunes a sábado y solía comenzar la jornada con gimnasia, seguidamente con labores como corte y confección, cocina o relacionadas con la industria rural, después se impartía religión o sindicalismo, terminando la jornada con clases de música, baile, higiene personal y cultura general. Las Cátedras Ambulantes adoptaban un enfoque práctico, impartiendo conocimientos de corte y confección, artesanía, cocina, entre otros, además de recopilar las tradiciones propias de las zonas que visitaban. Las intervenciones que realizaban eran de larga duración y con mayor continuidad en los lugares donde operaban. También contaban con personal específicamente capacitado y, cuando llegaba el día de la clausura, se preparaba una programación especial para que las niñas y jóvenes representaran en las plazas públicas diferentes espectáculos y bailes, entre los que destacaban: gimnasia para mayores, gimnasia para pequeños, salto de longitud, bailes, jotas, coro, pruebas de atletismo o visitas a exposiciones, rezos o lecturas diversas. Las competencias impartidas por las Cátedras variaron muy poco desde que empezaron en el 1946 hasta que terminaron en 1976 (Sánchez, 1994: 136).

En cuanto a las actividades musicales, las Cátedras Ambulantes priorizaban la promoción de la música de tradición oral, convirtiendo al folclore musical en el eje principal del proceso educativo-musical llevado a cabo por la Sección Femenina. Estas cátedras no solo proporcionaban formación, sino que también servían como punto de encuentro y apoyo para las mujeres del campo, que podían beneficiarse de sus servicios de manera gratuita. A pesar de los esfuerzos realizados a través de estas instituciones, persistieron desafíos significativos en la inclusión de las mujeres del campo en la doctrina falangista. La resistencia cultural, la falta de recursos y la reticencia al cambio fueron obstáculos importantes que enfrentaron estas iniciativas. El éxito o fracaso de estas Cátedras se medía en la manera en la que los ciudadanos, y en concreto, las ciudadanas, absorbían estos principios para servir a la Patria y la sociedad una vez que la misión terminaba.

Muchas de estas Cátedras Ambulantes evolucionaron hacia las Cátedras Fijas, también conocidas como Cátedras José Antonio, con el propósito de aplicar los mismos métodos, pero en zonas periféricas y barrios deprimidos de las grandes ciudades, como por ejemplo en la zona madrileña de Vallecas. Estas áreas experimentaban desajustes socioeconómicos debido a la migración campo-ciudad, generando bolsas de pobreza material y espiritual. Dichas Cátedras fijas se impartían en centros educativos, como escuelas, universidades o instituciones fijas gestionadas por la Sección en las ciudades. En ellas se organizaban cursos y conferencias, se impartía formación moral, histórica y patriótica, principalmente a familias obreras llegadas de los pueblos. Diferentes autores han manifestado en sus obras que, durante los primeros diez años de las Cátedras, los resultados fueron limitados. Esto se debió no solo a las dificultades iniciales, especialmente la escasez de recursos materiales y el número reducido de personal, sino también al hecho de contar con una única cátedra disponible. No obstante, la confianza en el proyecto educativo, la firme convicción en el objetivo que se perseguía y la claridad doctrinal que lo guiaba impulsaron su progresiva consolidación por toda España. Ese avance queda reflejado en cifras: alrededor de 1.600 visitas a distintas localidades y casi 400.000 personas atendidas hasta 1960. Su proyección pública se reforzó, además, gracias a un discurso lleno de orgullo que las presentaba como uno de los servicios más eficaces del régimen (García Redondo, 2017: 348). Dicho éxito hizo que las Cátedras Ambulantes se extendieran notablemente entre 1955 y 1976, llegando a operar en todas las provincias españolas. En sus últimos años, existían aún cerca de 80 cátedras, con 400 profesoras en servicio aproximadamente.

En cuanto a la gimnasia femenina, desde sus primeros días y durante el conflicto bélico, la Sección Femenina mostró un interés considerable en la materia como parte esencial de su compromiso con la formación integral de la mujer. En un contexto histórico marcado por la posguerra, donde la reconstrucción social y

económica del país estaba en curso, la gimnasia se convirtió en una herramienta crucial para moldear no solo los cuerpos de las mujeres, sino también sus mentes y valores.

Los médicos y expertos de la época consideraban que la principal función de la mujer era la maternidad, por lo que debían evaluar si la práctica deportiva contribuía a fortalecer o debilitar este ideal de feminidad. Por ello, se enfatizaba la gracia, la belleza y el sacrificio como valores fundamentales para las mujeres, en función de su papel como esposas y madres. Cualquier desviación de estos convencionalismos podría conducir a una masculinización de la mujer, vista como una amenaza para la ética tradicional y la estabilidad social. A pesar de algunos avances en la promoción de la actividad física femenina, el interés por el deporte entre las mujeres seguía siendo limitado y restringido a ciertos ámbitos sociales. Por otro lado, se establecieron claras distinciones entre las actividades consideradas propias de cada género, y se desalentaba cualquier comportamiento que desviara de los roles tradicionales. Las mujeres que mostraban un interés o talento excepcional en deportes o actividades físicas eran vistas con recelo y a menudo enfrentaban críticas o discriminación social. La dicotomía en los planteamientos sobre la actividad física femenina reflejaba la tensión entre permitir a las mujeres desarrollarse físicamente y mantener un control ideológico y social sobre sus acciones. Aunque se alentaba la participación en actividades físicas, estas estaban sujetas a una serie de restricciones y normas que reflejaban los valores conservadores de la época. La libertad de las mujeres estaba limitada por normas estrictas sobre su vestimenta y comportamiento durante la práctica deportiva. De esta forma, las disposiciones establecidas para regular la práctica deportiva femenina estaban redactadas en un tono severo y drástico, enfatizando la importancia de seguir una moral estricta. Se imponían castigos tanto a las deportistas que incumplieran estas normas como a todo el equipo si fuera necesario. Esto reflejaba la idea de que las mujeres debían atenerse a estándares morales más rigurosos que los hombres, lo que limitaba su libertad y autonomía. El impulso hacia el deporte femenino como un signo de progreso y defensa de la igualdad de oportunidades, se enfrentó a numerosos prejuicios sociales que confinaban a las mujeres a roles tradicionales centrados en el hogar. Se advertía a las jóvenes que no utilizaran el deporte como excusa para independizarse de la familia o buscar libertades contrarias a las buenas costumbres.

La práctica física femenina durante el franquismo se materializó de diversas maneras, reflejando tanto la ideología del régimen como la influencia de la Sección Femenina. Para impartir las clases de Gimnasia se prepararon adecuadamente a mujeres instructoras que recibieron formación a través de cursos que les permitieron impartir clases deportivas a las niñas y jóvenes. De carácter obligatorio, entre las actividades deportivas destacaron la gimnasia rítmica y las tablas compuestas

por ejercicios analíticos, pues eran los ejercicios que mejor se adaptaban a los ideales del franquismo, así como; las pruebas físicas, las carreras, el atletismo, y las competiciones y eventos deportivos a nivel local y regional, en los que las jóvenes exhibían su fortaleza y salud. En parte, las actividades deportivas servían como paliativo a la fatiga física y psíquica en la escuela y durante su práctica se tenían muy en cuenta las posturas de las alumnas. Las posturas para las maestras tenían una doble acepción. Por un lado, posturas higiénicas y de buenas maneras, y por otro, la gimnasia trababa de alejar el placer corporal y promover el sacrificio del cuerpo. De hecho, en las clases físicas de las féminas se enfatizaba en el atractivo, el recato y la fortaleza moral. Las mujeres debían estar en buena condición física, no solo para su bienestar personal, sino también para cumplir con su rol de cuidadoras de la familia (Devís *et al.*, 2010: 82-95). Respecto a la promoción de la higiene y la salud en las escuelas del franquismo, se llevaba a cabo también principalmente a través la Sección Femenina. Estas entidades tenían como objetivo inculcar valores morales, cívicos y sanitarios en la juventud, con el fin de formar ciudadanos que contribuyeran al mantenimiento del orden establecido. Una de las principales estrategias para promover la higiene y la salud era la inclusión de estos temas en el currículo escolar. En las clases se impartían conocimientos específicos sobre higiene personal, cuidado del cuerpo, prevención de enfermedades y hábitos saludables. Las escuelas también disponían de servicios médicos y de enfermería, donde se realizaban controles periódicos de salud y se ofrecían consejos sobre higiene y prevención de enfermedades. La inspección médico escolar era una práctica común para detectar posibles problemas de salud entre los estudiantes y tomar medidas preventivas. Además de las actividades escolares, se promovían campañas de salud pública a nivel nacional, con énfasis en la importancia de la higiene personal, el saneamiento del entorno y la vacunación. Estas campañas se difundían a través de los medios de comunicación y se llevaban a cabo en colaboración con organizaciones como la Cruz Roja y el Instituto Nacional de Previsión.

Por último y, como ya se ha comentado, otro de los órganos que se encargó de la educación femenina fue Acción Católica que surgió en 1919 como parte de un esfuerzo de la jerarquía eclesial para movilizar a las bases católicas y contrarrestar el feminismo laico. No obstante, después de la Guerra Civil, Acción Católica experimentó un crecimiento organizativo significativo, promoviendo valores tradicionales y colaborando con la recristianización de la sociedad española. Con la llegada de la dictadura franquista, se convirtió en un importante apoyo del régimen. A pesar de la existencia de la Sección Femenina de la Falange, las mujeres de Acción Católica no consideraban que la anterior representara una competencia significativa, ya que tenían una influencia social mucho mayor y compartían un modelo tradicional femenino bastante arraigado en España (Moreno, 2003: 240-242). A diferencia de la Sección Femenina, Acción Católica creó el secretariado de

enseñanza y organizó cursos sobre Moral y Religión para las maestras con el fin de que estas trasladasen lo aprendido a las niñas y jóvenes españolas. Otras actividades que llevaba a cabo Acción Católica eran actividades benéficas, caritativas y de evangelización de la sociedad. Apoyado por dicha institución, el día de la mujer pasó a ser el 8 de diciembre, día de la Inmaculada, patrona de España. Acción Católica junto a la Sección Femenina fueron creando el arquetipo de mujer idóneo según la ideología del régimen y la Iglesia. (Cruz, 2016: 34).

4. LA EDUCACIÓN FEMENINA EN SAN CARLOS DEL VALLE

Desde finales del siglo XVIII, la escuela local de niños y niñas de San Carlos del Valle se ubicó en el edificio de la Plaza Mayor conocido en otros tiempos como la Casa Hospicio. En el mismo edificio de la escuela se encontraba también la Casa Consistorial, el pósito pío, la cárcel y las habitaciones de los maestros, las maestras y el alcaide (Fig. 2). El lugar de recreo era la plaza y el atrio de la iglesia. Durante la II República y la Guerra Civil, las instalaciones de la escuela continuaron en el mismo lugar, en la Plaza de la Constitución, por lo que cuando el bando sublevado ganó la guerra, los niños de la localidad continuaron asistiendo a la escuela al mismo lugar que lo habían hecho sus antepasados, con la diferencia de que la plaza había cambiado de nombre, que desde ese momento pasó a llamarse Plaza del Generalísimo. En la década de los años 30, había 142 menores de 25 años analfabetos en San Carlos. Recién terminada la contienda civil, la localidad sumaba 60 féminas



Fig. 2: Escuela de niños entre 1787 y 1966, y de niñas entre 1787 y 1945 en San Carlos del Valle. Fuente: Familia Rodríguez Plata, 1950.

y 40 varones analfabetos, de entre 15 y 25 años. En 1949 eran un total de 24 varones analfabetos entre los 15 y los 25 años y un total de 69 mujeres analfabetas en el mismo rango de edad. En el año 1951, había 52 féminas jóvenes analfabetas y 59 varones. La escuela de adultos contaba, en esa misma década, con 33 alumnos (Ayuntamiento de San Carlos del Valle, 1960).

Al analfabetismo local se le sumó en el año 1940 la depuración de maestros realizada por el gobierno franquista. El régimen puso en el punto de mira a la maestra de niñas, M.^a del Pilar Calleja Moretón. La labor docente de Calleja Moretón se vio empañada en ocasiones por su postura política, muy estrecha en el pasado con los valores de la II República. Calleja Moretón, que era originaria de Valladolid y que vivía en la localidad con su padre enfermo y su hermana, fue sometida a la depuración del profesorado, un proceso dirigido a apartar de la enseñanza a aquellos docentes con vínculos o sospechas de relación con la II República. La docente fue investigada por la Comisión Depuradora del Magisterio Primario de la Provincia de Ciudad Real y fue suspendida de empleo y sueldo durante tres meses, además de ser inhabilitada para cargos directivos en instituciones educativas y culturales (Benito, 2008: 1671-1686). Desde el año 1931 y hasta el 1978, pasaron por la escuela cristieña, que se tenga constancia, un total de 29 maestros y 31 maestras.

Respecto a las unidades educativas, acabada la guerra, la escuela de San Carlos del Valle contaba con cuatro aulas, dos de niños y dos de niñas, ya que las escuelas mixtas que había creado la República habían sido cerradas. A partir de la Ley de 1945, el alcalde Manuel Navas Barchino implementó en 1946 reformas en las instalaciones educativas de San Carlos del Valle, creando Escuelas Unitarias separadas para niños y para niñas, dotadas con el material necesario.

En virtud de la Orden ministerial de 19 de junio de 1939 sobre la constitución de las juntas municipales de Educación Primaria, se nombró en el año 1942 la Junta Municipal de Educación Primaria de San Carlos del Valle. Dicha Junta Municipal estaba integrada por diversas personalidades representativas de la vida local. La presidencia la ostentaba el alcalde, Rafael Herreros González, acompañado por el concejal Martín Manrique González y el eclesiástico Federico Díaz Pinés. Formaban también parte de la Junta el médico Antonio Cárdenas Pardo, el maestro Julio Pérez de Madrid, así como dos representantes de las familias: Juan Miguel Torres González, en calidad de padre de familia, y Micaela González-Albo Jaime, como madre de familia. En una de las primeras reuniones de dicha Junta se aprobó hacer dos escuelas nuevas, una para niños y otra para niñas, debido a que las instalaciones que había en la villa eran insuficientes para dar un buen servicio educativo al gran número de niños que había en edad escolar. La Junta detalló en el acta que, para la construcción de nuevas escuelas, se debía pedir ayuda económica al Estado, ya que en la localidad no había suficientes recursos para tal infraestruc-

tura. Por otro lado, en un inventario realizado en 1942 por la Junta Municipal, se detallaron los muebles y materiales pedagógicos que había en cada una de las escuelas locales. En cada aula había un crucifijo, un cuadro de José Antonio Primo de Rivera, un cuadro del Caudillo, un cuadro de la Inmaculada, una bandera nacional y una mesa y un sillón para el profesor. Entre todas las aulas sumaban 20 mesas, la mayoría de tres plazas y las menos de dos plazas; también entre todas las aulas había 24 bancos (Ayuntamiento de San Carlos del Valle, 1960).

Una década más tarde, en 1957, el gobernador civil de Ciudad Real visitó la localidad, sentando las bases para la construcción de una nueva escuela en el pueblo. Esta nueva institución contaría con dos naves, un patio, un comedor y viviendas para los maestros. Las obras comenzaron en 1957 y finalizaron en 1966. El nuevo colegio se realizó en la parte sur de la localidad, a las afueras del pueblo y contaba con comedor. Desde el año 1963, el colegio cristiano se comenzó a llamar “San Juan Bosco”, en honor al santo italiano de finales del siglo XIX y propulsor de la Formación Profesional. Ese año, 1963, la escuela pasó a tener cuatro unidades: dos escuelas unitarias de niños y dos de niñas; y en 1967 contaba ya con ocho unidades: cuatro de niñas, tres de niños y una de párvulos mixta. Por otro lado, varios pedagogos y maestros se reunieron en 1965 en San Carlos del Valle para abordar la situación educativa de la comarca. De dicha reunión salió la idea de completar la instalación educativa con una pista polideportiva financiada con un presupuesto de 150.730 pesetas.

En abril de 1966, el gobernador inauguró el nuevo centro educativo, al que se le otorgó el mismo nombre que en 1963 “San Juan Bosco”. En la ceremonia de inauguración, el párroco don Patricio Martín-Albo bendijo el centro (Rodríguez, 2022: 412-414). Llegada de década de los setenta, se iniciaron los primeros planteamientos para la construcción de un nuevo edificio que reemplazaría al recién estrenado colegio. Sin embargo, esta decisión no fue recibida con agrado por algunos vecinos, quienes consideraban que el antiguo colegio debía conservarse como sede para asociaciones locales. Todo ello se publicó en la *Revista Escuela Española*. A pesar de las opiniones encontradas, el proyecto avanzó y el nuevo centro educativo, de dos plantas y con un amplio patio, fue finalizado e inaugurado el 18 de noviembre de 1988. Este moderno edificio no solo cumplía con el currículo establecido por las autoridades educativas, ya democráticas, sino que también se utilizaría para conferencias sobre salud, competiciones deportivas, representaciones teatrales, exposiciones y festivales (Ayuntamiento de San Carlos del Valle, 1988).

5. LAS CÁTEDRAS AMBULANTES EN SAN CARLOS DEL VALLE. GENERALIDADES

La rememoración de las Cátedras Ambulantes perdura en la memoria de San Carlos del Valle, siendo un fenómeno educativo que dejó una marca imborrable en la localidad. El 90 % de las participantes en este estudio recuerda vívidamente qué eran estas Cátedras, y un 89 % asegura haber participado en ellas. Por otro lado, un 67 % de la muestra considera que lo aprendido en las Cátedras le ha sido útil para desarrollar su vida adulta.

Estas instituciones itinerantes, que se desplazaban periódicamente por los pueblos, representaban mucho más que meras actividades educativas: eran auténticos eventos culturales y sociales para pequeños pueblos españoles como San Carlos del Valle. Las Cátedras llegaban a la localidad en cuatro caravanas arrastradas que se instalaban cerca de la plaza. La entrevistada ocho, que se educó entre 1960–1973, recuerda el momento de la llegada:

«Cuando llegaban las Cátedras solíamos ir los niños a la entrada del pueblo para ver cómo circulaban los coches que traían. Una vez, mi amiga y yo nos montamos en una caravana de las Cátedras y el conductor nos paseó por el pueblo, mi madre me regañó porque habíamos estado en boca de todo el pueblo al haber ido montadas en un vehículo con un señor desconocido».

De la llegada de las Cátedras también da testimonio la entrevistada siete, que se formó entre 1965-1980:

«Yo me acuerdo de que el alcalde daba un discurso y en él decía cosas de Franco y del Gobernador Civil. Se notaba que estaba agradecido por la llegada de las Cátedras. Luego hablaban ellas, las maestras de las Cátedras y también las maestras de la escuela. Las maestras de las Cátedras pedían una buena acogida a la gente del pueblo. Al acabar las Cátedras, recuerdo de llevar dulces a las maestras para agradecerles su venida, luego los críos salíamos corriendo detrás de las caravanas para despedirlas, solíamos llevar algunas banderas o murales que habíamos hecho con ellas».

La misma entrevistada recuerda el momento en el que se iban las Cátedras de esta manera: *«Algunas incluso lloraban, sobre todo, las más mayores, ya que habían hecho buenas migas con las maestras».* Por otro lado, la entrevistada uno que estudió entre 1945-1956, comentó lo siguiente: *«Recuerdo que en las caravanas ponían una gran bandera del águila, y venían como en rulot grandes blancas, y ellas vivían ahí en las autocaravanas. A las caravanas pasaba poca gente y había partes que eran secretas y no pasaba nadie».*

Entre los años 1954 y 1976, las Cátedras Ambulantes visitaron San Carlos del Valle en varias ocasiones, marcando hitos en la vida de sus habitantes. Debido a



Fig. 3: Sello de la Cátedra de Ciudad Real de 1976. Fuente: Familia Torres Campillo.

que no hay constancia registral ni fuentes encontradas que lo aseguren con precisión, la presencia de las Cátedras en San Carlos fue durante los cursos escolares de 1954-1955, 1960-1961, 1964-1965, 1969-1970, 1972-1973 y 1976-1977. Durante su estancia, que variaba entre 30 y 60 días, las Cátedras llevaban a cabo un amplio listado de actividades destinadas a la educación y el entretenimiento de los jóvenes. La mayoría de estas actividades se realizaban en la escuela de niñas o en la Plaza Mayor del pueblo, y abarcaban desde baile, gimnasia, cocina, teatro y catequesis, hasta lecciones de costura y enseñanzas sobre el hogar (Fig. 3).

Sin embargo, aunque el 87 % de las participantes reconocía un fin pedagógico en estas cátedras, un significativo 63 % consideraba que las Cátedras tenían como objetivo adoctrinar a la población joven en la ideología del régimen. Esta dualidad en la percepción de las cátedras refleja la complejidad de aquellos tiempos y las tensiones sociales presentes en la sociedad española de la época. A pesar de ello, para muchas mujeres de San Carlos del Valle, las Cátedras representaron una oportunidad para el aprendizaje y la socialización. A través de estas actividades, las jóvenes del pueblo tuvieron la oportunidad de desarrollar habilidades que les serían útiles en su vida adulta. Por ejemplo, la entrevistada dos, que se formó entre 1945-1956, declaraba lo siguiente: *«A mí me gustaba el orden que traían al pueblo las Cátedras, ahora en la educación debería haber más orden y respeto, de esta manera no habría tantas faltas de educación hacia los profesores»*.

Esta percepción puede estar ligada a la conservación de las participantes de un recuerdo optimista de su infancia, así como a la adscripción ideológica de algunas de las entrevistadas. Las Cátedras Ambulantes no solo impartieron conocimientos académicos, sino que también cumplieron funciones esenciales en la socialización de los individuos y la perpetuación de normas y valores culturales. En contextos específicos, las Cátedras pudieron ser percibidas de manera dual, como agentes de control social y, simultáneamente, como espacios de oportunidad y desarrollo personal.

El final de las Cátedras Ambulantes en San Carlos del Valle era un evento muy esperado y significativo para todo el pueblo. En la plaza, se congregaban todos los

vecinos para presenciar las diferentes representaciones preparadas por las niñas participantes, así lo recuerda la entrevistada cinco, que estudió entre 1956-1971:

«Ese día nos llevaban a todas a la plaza y exhibíamos las manualidades realizadas durante las Cátedras, como por ejemplo las alfombras. Yo recuerdo que era un día bonito y la gente y las maestras estaban orgullosas de todo lo que habíamos aprendido».

Otras como la entrevistada diecisiete, que se educó entre 1949-1962, aseguró al respecto lo siguiente: *«El último día hacíamos gimnasia en la parte de la plaza pegada al Ayuntamiento, siempre empezábamos con gimnasia y bailes».* Este ritual de despedida no solo marcaba el fin de una etapa educativa, sino también el cierre de un capítulo importante en la vida del pueblo, dejando atrás recuerdos y experiencias que perdurarían en la memoria colectiva, tal y como recuerda la entrevistada once, que asistió a la escuela entre 1960-1971:

«Yo siempre decía, me acordaré de estas mujeres siempre, son modernas y ese estilo de mujeres modernas no lo veíamos en el pueblo, aquí solo campo e hijos, que era lo que estaba bien visto y lo que nuestros padres querían para nosotras. Nos teníamos que conformar, pero con esto no digo que me arrepienta de tener hijos, porque gracias a que los tuve de joven, ahora disfruto mucho de mis nietos».

Las instructoras de las Cátedras, a menudo percibidas como figuras modernas, introducían un aire de novedad y cambio en pueblos como San Carlos del Valle, donde las oportunidades educativas y de socialización para las mujeres eran limitadas. La llegada de las Cátedras Ambulantes seguía un protocolo que comenzaba con una pequeña inauguración y terminaba con una clausura, más o menos a los 30 días, esto generaba en los pueblos pequeños en los que la gente estaba acostumbrada a que no ocurriese nada, un ambiente de celebración. Por otra parte, las instructoras, con su independencia y profesionalismo, ofrecían a las niñas y jóvenes del pueblo modelos alternativos de feminidad e incluso de éxito, desafiando en cierta medida las expectativas limitadas de la sociedad rural, así lo aseguró con su testimonio la entrevistada cinco, que estudió entre 1956-1971: *«Teníamos mucha confianza con las instructoras, algunas veces íbamos a su caravana y nos hacíamos los peinados de ellas».*

Para que quedase constancia de la participación en las Cátedras, las instructoras expedían certificados de participación a las jóvenes que asistían a sus actividades. Este certificado era firmado por la jefa de la Cátedra Provincial Ambulante Número 1 de la Sección Femenina de Ciudad Real (Fig. 4). En el documento, se incluía el nombre y los apellidos de la participante, asegurando así un reconocimiento formal y personalizado de su implicación y esfuerzo, tal y como detalla la entrevistada número tres, que estudió entre 1963-1978:

«Al acabar las Cátedras nos firmaban un papel, pero esto fue solamente, creo recordar, en el último año que vinieron. Franco ya había muerto, o sea que sería en el 76. En el papel nos ponían que habíamos ido a las Cátedras, yo no sé si eso serviría para algo. A mí me lo firmó la instructora Enriqueta Fernández, que luego busqué yo en Internet y vi que había sido hasta hace poco corresponsal de un periódico [...]. La verdad que antes no existía eso del currículum, a mí me dieron el papel de las Cátedras, mi madre lo guardó en la cómoda, y yo nunca lo entregué en ningún sitio como justificante de experiencia, y eso que me fui a Madrid a servir y luego a trabajar en una tienda».

ENRIQUETA FERNANDEZ MERA : Jefe de la Catedra
Ambulante nº I de Seccion Femenina.

CERTIFICO: Que la joven Francisca Torres Campillo
ha asistido a nuestras clases de Curso de /
Catedra de una forma normal y continuada.

Y para que conste y surta los efectos oportunos, firmo y sello el presente Certificado en la Localidad de

San Carlos del Valle a 15 de Diciembre del 1976

EL JEFE DE LA CATEDRA PROVINCIAL Nº I

Enriqueta Fernández

Fig. 4: Certificado de asistencia a las Cátedras Ambulantes de 1976. Fuente: Familia Torres Campillo.

Enriqueta Fernández Mera nació en Abenójar (Ciudad Real) el 29 de noviembre de 1927. Su trayectoria profesional y cultural dejó una huella profunda en su localidad y en la provincia. Entre 1967 y 1977 ejerció como jefa de la Cátedra Ambulante *Francisco Franco* de la Sección Femenina. Con la llegada de la democracia, orientó su vocación de servicio hacia el ámbito social, asumiendo la responsabilidad del Centro Social de su pueblo natal. Desde allí impulsó numerosas iniciativas culturales y artísticas dirigidas especialmente a los jóvenes: bailes, representaciones teatrales, charlas, degustaciones gastronómicas y exposiciones artesanales. Posteriormente fue nombrada subdirectora del Museo Provincial de Ciudad Real, cargo que desempeñó hasta su jubilación (Lanza, 2010).

Por lo tanto, los justificantes de aprovechamiento otorgados por las Cátedras Ambulantes a las niñas y jóvenes de los pueblos eran, en muchos casos, de valor limitado en términos de competencia profesional y reconocimiento oficial. A pesar de ello, como la formación proporcionada estaba estrechamente alineada con los roles tradicionales asignados a las mujeres por la ideología franquista, las competencias adquiridas les sirvieron para realizar su trabajo diario como madres, amas de casa y recolectoras hortofrutícolas en los pueblos rurales en donde el pensamiento de que la mujer había nacido para ser la reina del hogar ha estado latente hasta la actualidad. Por ello, aunque las actividades y los conocimientos impartidos podían enriquecer la vida personal y social de las participantes, ofreciendo una cierta autonomía y sentido de logro, estos títulos no equivalían a una verdadera capacitación profesional que pudiera abrir puertas a carreras o a una movilidad social significativa.

6. ACTIVIDADES DE LAS CÁTEDRAS EN SAN CARLOS DEL VALLE

Según las entrevistadas, las Cátedras Ambulantes seguían un horario estricto que comenzaba a las diez de la mañana y terminaba a última hora de la tarde. El horario era diferente para cada rango de edad. Para las niñas menores de 12 años el horario comenzaba a las diez de la mañana y terminaba a las ocho de la tarde con bailes y música; las jóvenes comenzaban a la una del mediodía y acaban a las ocho; por último, las mujeres casadas y los adultos podían asistir a algunas actividades a partir de las siete de la tarde, aunque eran bien recibidas en otras actividades destinadas para las niñas o jóvenes como las manualidades y la artesanía.

Por otra parte, según las entrevistadas, para realizar los horarios, se reunían con el alcalde, los maestros y el cura, teniendo en cuenta los horarios del trabajo de los hombres de la localidad, los horarios de misa y el consenso de las mujeres, debido a que se pretendía que las mujeres asistieran, al menos, a las actividades de la tarde, cuando hubiesen terminado las tareas domésticas y hubiesen “atendido

a sus maridos” tras su vuelta del campo. Así lo recuerda la entrevistada número nueve, que se formó entre 1947-1956:

«Eso estaba todo coordinado, imagino que con el alcalde y el cura que eran los que mandaban. Ponían los talleres de adultos a horas en las que más o menos sabían que iban a ir las personas, sobre todo las mujeres, que eran las que atendían la casa y solían ir a la misa. Como casi todo se celebraba en la plaza o en la escuela, pues también tenían que ver si ellas podían hacer actividades sin molestar a los que iban a misa».

Las jornadas comenzaban con ejercicios de gimnasia en la Plaza Mayor, donde las participantes realizaban rutinas diseñadas para promover la salud y el vigor físico. Para las niñas de hasta 12 años se preparaban sesiones de gimnasia que se llevaban a cabo diariamente durante media hora, enfocándose en el desarrollo de la flexibilidad, coordinación y disciplina. Además de las rutinas básicas, se incluían actividades como el salto del potro, ejercicios con aros y cintas, coreografías, saltos a la comba y juegos colectivos que fomentaban la agilidad y el trabajo en equipo. Las jóvenes, por su parte, realizaban todos los días, excepto los sábados, una hora de gimnasia, participando en programas más intensivos que incluían ejercicios aeróbicos, tablas de gimnasia, calistenia y deportes colectivos, así como pruebas de resistencia y fuerza como carreras de velocidad, saltos de longitud y circuitos de obstáculos, además de marchas y carreras. También practicaban el salto del potro y realizaban ejercicios en barras paralelas, diseñados para fortalecer el cuerpo y mejorar la destreza. Estas actividades físicas eran consideradas esenciales para moldear cuerpos saludables y mentes disciplinadas, en consonancia con los ideales del franquismo sobre la mujer y la juventud. Las prácticas físicas también estaban diseñadas para promover la salud y el vigor físico, además de tener una visión higienista que consideraba fundamental mantener cuerpos saludables para garantizar una población fuerte y resistente. Las rutinas diarias de gimnasia tenían como finalidad desarrollar estas capacidades desde una edad temprana y servían como medio para inculcar disciplina, orden y obediencia. Por último, estas actividades tenían un componente de socialización y cohesión grupal.

El 59 % de las participantes reconoce que se fomentaba la práctica deportiva entre las mujeres con el objetivo de mantener una buena condición física para estar preparadas y poder cumplir su rol en la sociedad, incluyendo la maternidad en beneficio de la patria. Las actividades se diseñaban no solo para mejorar la resistencia y la condición física, sino también para inculcar disciplina, obediencia y espíritu de camaradería. La práctica física la recuerda la entrevistada diez, que estudió entre 1960-1970 de esta manera: *«Allí, en la plaza, nos ponían en fila y nos decían –“¡ale!” a saltar o a hacer este ejercicio o este otro–. No te creas que a las muchachas nos gustaba mucho todo eso de la gimnasia».*

La entrevistada once recuerda también lo siguiente: *«Hacíamos muchas cosas con cuerdas, aros, pañuelos y objetos para saltar»*. A otras, por su parte, no les gustaba demasiado la gimnasia, como a la entrevistada doce, que estudió entre 1949-1959: *«Recuerdo de hacer poca gimnasia, no nos gustaba, hacíamos más gimnasia nosotras jugando en las clases a la goma que en la escuela»*. Por otra parte, estaban las que no acudían, como la número tres que estudió entre 1945-1955 y aseguró lo siguiente: *«Yo, como siempre se hacía la gimnasia a lo primero de la mañana, me solía ir a buscar moras y acudía luego a mitad de la mañana»*.

A pesar de las clases de gimnasia, el 49 % de la muestra asegura haber tenido un interés bajo por el deporte durante su etapa escolar y solo un 16 % de las participantes perteneció a algún equipo deportivo durante dicha etapa. Es importante destacar que las Cátedras nunca promovieron la formación de ligas o clubes deportivos en la localidad, sin embargo, si se creaban algunos grupos para jugar al voleibol o al balonmano. El deporte y las competiciones deportivas no fueron lo suficientemente relevantes en aquella época, y mucho menos para las mujeres, tal y como aseguró el número siete: *«Aquí en el pueblo durante el franquismo nunca hubo competiciones deportivas para chicas, eso era impensable, los chicos sí que jugaban mucho al fútbol y pronto se les hizo un campo en las eras»*.

Respecto a los materiales utilizados en las actividades deportivas, se contaba con una variedad que incluía pelotas, aros, cuerdas, sacos, entre otros, aunque se utilizaba cualquier objeto que hubiese en la escuela o que prestase algún vecino. En cuanto a la ropa deportiva, el requisito de llevar ropa deportiva para las clases de gimnasia suponía un desafío para muchas familias que no podían costearla. No obstante, nadie se quedaba sin hacer la práctica física por una inadecuada indumentaria. De la ropa deportiva, la entrevistada siete comentó algunas cuestiones interesantes:

«Aunque las Cátedras traían cosas menudas para hacer juegos y actividades, lo que es la ropa para los bailes y la gimnasia eran nuestras madres las que nos las preparaban. Para la gimnasia daba un poco igual, porque sabían (refiriéndose a las instructoras) que en los pueblos chicos nadie tenía tantos chándales como hay ahora, por eso cada una con lo que tenía pues se presentaba en la plaza y hacía lo que podía, y de calzado pues unos “alpargatillos”, que muchas los llevábamos rotos. [...] Luego para los bailes sí que eran más exigentes y tenías que llevar el vestuario que pidieran».

Por otra parte, las participantes, como la entrevistada seis, comentaron algunas anécdotas relacionadas con los ropajes:

«Mi prima y yo aprendimos a bailar muy bien con las Cátedras el Xiringüelo, pero resulta que el día de la clausura nos dijeron que teníamos que llevar una camisa y una falda muy monas para bailar. Cuando yo llegué a mi casa y se lo dije a mi madre, me dijo que no me preparase que no tenía dinero para ir al



Fig. 5: Grupo de niñas preparadas para realizar un baile en las Cátedras de San Carlos del Valle. Década de los 60. Fuente: Ayuntamiento de San Carlos del Valle.

comercio a comprar tela, y a mi prima le pasó lo mismo. Así que el día de la clausura estuvimos viendo a nuestras compañeras desde un balcón de la plaza y, encima, teníamos un cabreo que no parábamos de llorar. [...] Para bailar el Xiringüelo lo hacíamos con una blusa blanca y falda roja y para los otros bailes se ponían una falda azul y una camisa blanca» (Fig. 5).

Según las entrevistadas, las manualidades y los trabajos de artesanía ocupaban un lugar destacado en la formación de niñas y jóvenes. Estas actividades eran consideradas esenciales para inculcar habilidades prácticas, fomentar la creatividad y reforzar los valores tradicionales del hogar y la familia. Para las niñas de hasta 12 años, las sesiones de manualidades incluían una variedad de actividades diseñadas para desarrollar la destreza y la paciencia. Por ejemplo, realizaban trabajos de bordado, donde aprendían a hacer punto de cruz y bordado en relieve, manteles y cojines decorativos. También se dedicaban a la creación de figuras de papel maché, que involucraba moldear y pintar figuras como animales y flores, estimulando su creatividad y habilidades artísticas. La elaboración de collares y pulseras con cuentas y abalorios también era común, enseñando a las niñas a trabajar con precisión y atención al detalle gracias a la motricidad fina. Las jóvenes, además de las manua-

lidades, se involucraban en trabajos de artesanía más complejos. La confección de encajes y ganchillo era una actividad popular, donde aprendían a crear delicadas piezas de ropa y accesorios decorativos para el hogar. La cestería también formaba parte de su formación, permitiéndoles elaborar cestas de mimbre y otros materiales naturales, combinando técnicas tradicionales con su propio estilo personal. También la cerámica era otra área de enfoque, donde las jóvenes moldeaban y pintaban piezas de barro, produciendo desde utensilios de cocina hasta adornos para el hogar. De igual manera, realizaban alfombras con cañamazos, lana o guitas, así lo aseguró la entrevistada siete: *«Yo me acuerdo de hacer alfombras con agujas de gancho, y con eso íbamos realizando las alfombras, con el cañamazo. Ahí en el cañamazo venía el dibujo. También hacíamos cojines, que por cierto aún tengo uno en mi casa»*. A través de la manualidad y la artesanía, las niñas y jóvenes aprendían a valorar el trabajo meticuloso y a desarrollar un sentido de logro personal, contribuyendo a su formación dentro de los principios del régimen.

Los bailes y, sobre todo, el folclore nacional, eran una parte integral de las actividades, diseñados para fomentar la cohesión social, la disciplina y la apreciación de la cultura tradicional dentro de las Cátedras. Las niñas y jóvenes participaban en una variedad de danzas, muchas de ellas inspiradas en el folclore español, que contribuían a su formación física y cultural. Según las entrevistadas y lo recogido en el cuestionario, las niñas aprendían y practicaban bailes populares como “El Xiringüelo”, caracterizado por sus movimientos enérgicos y saltos vigorosos, que les permitían desarrollar coordinación y resistencia. Las canciones que acompañaban estos bailes eran tradicionales, como “La Tarara” y “El Vito”, que tenían melodías vivaces y letras sencillas, fácilmente memorizables por las más pequeñas. El testimonio de las entrevistadas refleja la importancia de los bailes, como el de la entrevistada siete: *«Estaban muy bien todos esos bailes, hacíamos corros y gustaba a la gente vernos bailar, pero había que hacerlo bien»*. Otras, como la entrevistada cinco, sin embargo, recuerdan los problemas que ocasionaban en algunas ocasiones los bailes:

«Algunas que no éramos muy apañadas para el baile, no nos dejaban bailar en la clausura, yo, por ejemplo, y otra amiga, bailamos gracias a que por las tardes nos íbamos con las de las Cátedras a sus casas y les insistimos mucho y nos dejaron bailar».

Testimonios como este reflejan los vínculos que había entre las jóvenes y las instructoras. Por su parte, la jota manchega, los fandangos, los bailes de enredos con cintas de colores o las sevillanas, con estructura de cuatro coplas, formaban parte del repertorio enseñado a las jóvenes por las Cátedras. La entrevistada seis que se formó entre 1949 y 1962 recuerda los bailes regionales de la siguiente manera:

«No te creas que para las jóvenes había tantos bailes, hacíamos jotas manchegas, fandangos y seguidillas. Para bailar las jotas nos poníamos los trajes de aquí de la Mancha, con nuestras faldas de rayas y los hombres que bailaban con su camisa y su faja. También tocábamos las castañuelas y eso estaba divino» (Fig. 6).

La participante diez aseguró que *«a raíz de todos esos bailes, luego empezaron a remover el grupo de jota que hay ahora en el pueblo, y muchos de los trajes de las Cátedras se aprovecharon para el nuevo grupo»*. Esto muestra el compromiso que las Cátedras tenían con el desarrollo local y el poso que dejaban en la gente. Por su parte, la entrevistada once recuerda lo siguiente: *«Bailábamos también un baile con cintas de colores que estaban enganchadas a un palo, era precioso, y nos íbamos moviendo y haciendo una trenza con las cintas»*.

Respecto al corte y confección, era una actividad fundamental en la formación de niñas y jóvenes, considerada esencial para preparar a las futuras amas de casa y promover los valores tradicionales de la época. A través de estas clases, las participantes adquirían habilidades prácticas que les permitirían contribuir al bienestar del hogar y la economía familiar. Las niñas comenzaban con proyectos sencillos que les enseñaban los fundamentos básicos del corte y confección. Por ejemplo, aprendían a hacer delantales y pañuelos, que implicaban técnicas básicas



Fig. 6: Jóvenes bailando la jota manchega en la Cátedras. Fuente: Familia Álvarez Rodado.

de costura como el hilvanado, el pespunte y el dobladillo. También se dedicaban a confeccionar muñecas de trapo, donde cortaban patrones sencillos y cosían las piezas, desarrollando así su destreza manual y creatividad. Las jóvenes aprendían a confeccionar prendas de vestir completas, como faldas, blusas y vestidos. Un ejemplo común era la elaboración de un vestido de verano, donde aprendían a medir y cortar telas siguiendo patrones, ensamblar las piezas y realizar ajustes para asegurar un buen ajuste. También se les enseñaba a coser a mano y a máquina, dominar diferentes tipos de puntadas y acabados, y añadir detalles decorativos como bordados y encajes. Algunas madres ayudaban a las instructoras en las nociones de costura que les daban a sus hijas, lo que hacía que se involucrara mucha gente en el proyecto educativo. Era muy común comenzar a realizar la dote, confeccionando sábanas, fundas de almohada y manteles para cuando la joven contrajese matrimonio. Todo ello lo aseguró la participante doce de la siguiente manera:

«Nos enseñaban a coser, a hacer vainicas, ojales, hilos flojos y presillas, y también nos hacían hacer un paño de costura y con eso nos enseñaban a realizar dobladillos, pero esto también lo aprendíamos en la escuela, no solo en las Cátedras. A las grandes no enseñaban a bordar a máquina o a coser bolsas de pan a cadeneta y a festón» (Fig. 7).

Los cursos de cocina realizados estaban orientados también a preparar a las mujeres para su futuro rol como amas de casa. Estas clases enseñaban habilidades culinarias básicas y avanzadas, que también inculcaban los valores de organización, economía doméstica y la importancia de la nutrición en el hogar. Por ejemplo, aprendían a preparar platos tradicionales como la tortilla de patatas, donde se les enseñaba a pelar y cortar las patatas, batir los huevos y cocinar la mezcla con precisión. Otras recetas comunes incluían la elaboración de postres simples, como magdalenas y flan, que ayudaban a desarrollar sus habilidades de medición y mezcla de ingredientes. Las jóvenes aprendían a cocinar platos de cuchara como guisados de legumbres y patatas, arroces, cocido y verduras. La entrevistada quince que se formó entre 1966-1978, aseguró al respecto lo siguiente:

«Aquí en el pueblo no recuerdo yo mucho que nos enseñaran a cocinar, quizás eso era más para las mujeres mayores, aunque algunas veces a nosotras nos hablaban de cocina y nos concienciaban mucho sobre aprovechar la comida, porque ya sabes que tirar la comida era un pecado».

Otras, más mayores, como la entrevistada dos comentó:

«Hacíamos los dulces típicos de la Mancha, hacíamos las migas de pastor, las gachas, el ajo arriero, el tiznao, los potajes o dulces como orilletas, tortas de chicharra, rosquillos, mantecados y enaceitados».



Fig. 7: Grupo de jóvenes de San Carlos del Valle realizando un curso de corte y confección. Década de los 50. Fuente: Familia Torres Campillo.

Otros testimonios culinarios que muestran claramente el objetivo de educar a la mujer en las labores domésticas son los de la entrevistada uno:

«Si las Cátedras llegaban cuando había matanzas, y si no venían las Cátedras lo hacíamos con la escuela, solíamos ir a ver las matanzas y a ayudar a hacer las morcillas y chorizos. Las maestras algunas veces daban consejos para que todo fuese más higiénico».

Por último, es llamativa la anécdota de la entrevistada tres: *«Era curioso porque cuando nos hacían un dictado, nos dictaban la receta de las croquetas, que, por cierto, luego yo las hice».*

Por otro lado, las entrevistadas aseguraron que las clases de religión eran consideradas esenciales para inculcar valores morales y éticos acordes con los principios del catolicismo. A través de cuentos, parábolas y lecturas de la Biblia adaptadas a su nivel de comprensión, las niñas aprendían sobre la vida y enseñanzas de Jesucristo, así como sobre la importancia de la oración, la caridad y la obediencia

a Dios y a las autoridades. También se les enseñaba sobre los sacramentos, como el bautismo y la comunión, y se fomentaba la participación en actividades religiosas como la misa y el rosario, al menos dominical. Las más mayores profundizaban en temas de moralidad y ética desde una perspectiva católica. Se abordaban temas como la castidad, la virtud y la responsabilidad social, con énfasis en el papel de la mujer como esposa y madre en el hogar cristiano. Se promovía la práctica regular de la confesión y la comunión, así como la participación en actividades de servicio comunitario y obras de caridad. Por otro lado, las niñas y jóvenes participaban en la organización de eventos religiosos, como procesiones y celebraciones litúrgicas, donde ponían en práctica lo aprendido y demostraban su devoción a través de actos de fe y servicio. De la misma manera, las clases de convivencia constituían una parte importante de la formación, y estaban orientadas a promover valores sociales, éticos y morales considerados fundamentales para la cohesión y estabilidad de la sociedad bajo el régimen franquista.

A través de actividades grupales, juegos de roles y dinámicas de grupo, se fomentaba el trabajo en equipo y la resolución pacífica de conflictos. Las profesoras de las Cátedras abordaban temas como la comunicación efectiva en la familia y la gestión del hogar. Se promovía el valor del matrimonio como institución sagrada y se les enseñaba sobre la importancia de la fidelidad, el compromiso y el sacrificio en la vida conyugal. Por otra parte, se orientaba a las jóvenes en la crianza de los hijos y el fortalecimiento de los lazos familiares, con el objetivo de promover hogares sólidos y estables como base de la sociedad. Al respecto, la entrevistada uno declaró lo siguiente:

«De religión nos enseñaban todo, desde el Padrenuestro hasta saber todo el Catecismo. También nos enseñaron teatros religiosos, aunque las instructoras se fuesen, dejaban a algunas mujeres catequistas del pueblo encargadas para luego echar la obra en el patio del cura. En ese patio echamos las obras de Nobleza Obliga que hacía yo de criada, y también Santa Casilda. [...] El cura se involucraba mucho en la educación de los críos, incluso vigilaba si los niños iban a la escuela o no, además del cura también lo hacía doña María, que era una mujer muy recta, hija de militares, que asistía en las tareas del hogar al cura».

Otras como la entrevistada dos, que es una de las participantes más longevas, comentaron al respecto:

«Nos ponían algunas lecciones de religión que teníamos que llevar aprendidas los sábados, esto era todo el año, no solo con las Cátedras. [...] Tanto al empezar la Cátedra como al acabar por la tarde, rezábamos a la Virgen; eso era costumbre hacerlo en la escuela también. Había un grupo de mujeres mayores de Acción Católica que ayudaban en esas actividades religiosas, daban clases de Catecismo y hacían reuniones de adoración nocturna».

En cuanto al teatro o los guiñoles, eran actividades que ofrecían la oportunidad de expresarse, desarrollar habilidades artísticas y promover valores patrióticos y religiosos. Estas representaciones teatrales eran una forma de entretenimiento y una herramienta educativa y de propaganda utilizada para transmitir mensajes ideológicos y fortalecer la identidad nacional. Según las entrevistadas, las obras de teatro se centraban en historias sencillas y moralizadoras, a menudo basadas en cuentos populares y fábulas clásicas. Por ejemplo, representaban obras como *Caperucita Roja*. Las chicas más mayores participaban en obras de teatro que abordaban cuestiones sociales, políticas y religiosas desde una perspectiva católica y patriótica. Por ejemplo, representaban obras como *Santa Teresa de Jesús* o *Juana de Arco*, obras que exaltaban la figura de mujeres santas y patriotas como modelos a seguir para la juventud. También se representaban dramas históricos que glorificaban la historia y la tradición española, promoviendo así el orgullo nacional y el sentido de identidad cultural. Así lo testimonia la entrevistada cinco: «*Echábamos unas obras de teatro preciosas, con ropas y todo que preparaban las maestras, si no daba tiempo a representarlas, lo hacíamos luego a final de curso en el patio del cura*». Por su parte, la entrevistada dos atestiguó al respecto: «*Recuerdo que aprendimos a bailar y a representar la zarzuela de Las Espigadoras, y luego, en un corral, mis amigas y yo las representábamos una y otra vez, con unos arcos de flores y unas faldas*».

Otra de las actividades que realizaban las jóvenes de la localidad según los cuestionarios y entrevistas fue la elaboración de murales, que era una forma poderosa de expresión artística y propaganda utilizada para promover los valores del régimen y glorificar la figura de Franco, así como para embellecer espacios comunitarios y educativos. En los murales se plasmaban escenas del campo, de la Virgen María, la bandera nacional, el escudo de España o vidas de santos como *Santa Teresita del Niño Jesús*. También podían crear murales que celebraran la familia como núcleo fundamental de la sociedad, mostrando escenas de armonía y amor filial en torno a la Sagrada Familia de Nazaret. De esta manera, lo recordó la entrevistada dieciséis, que estudio entre 1962 y 1971: «*Pintábamos murales, aunque eso no era muy común, casi siempre era baile o gimnasia, yo recuerdo de pintar banderas nacionales cuando venía el obispo. [...] Recuerdo que hacíamos esquemas grandes*».

En menor medida, según las encuestadas, se impartían clases de socorrismo en las que se explicaban habilidades básicas de primeros auxilios y atención médica de emergencia. A través de actividades prácticas y simulacros de emergencia, se les enseñaba a aplicar vendajes simples. Por ejemplo, aprendían a administrar medicamentos de venta libre y a estabilizar a víctimas de accidentes hasta que llegara la ayuda profesional. Respecto a la higiene, las niñas y jóvenes aprendían cono-

cimientos sobre la higiene personal, el bienestar personal y el cuidado del cuerpo desde la pureza y la modestia. Ejemplo de ello eran las clases centradas en el lavado regular de las manos, la cara y el cuerpo, así como el uso adecuado de productos de higiene personal como jabón y champú. Se les explicaba la importancia de mantener una buena higiene íntima, así como el uso adecuado de toallas sanitarias y compresas durante la menstruación. Por aquella época, según el testimonio recogido en las entrevistas, algunas mujeres no utilizaban compresas y dejaban que la menstruación empapase las enaguas y los pololos, prendas femeninas utilizadas en la época. La entrevistada uno comentó una curiosa anécdota al respecto:

*«Me acuerdo de que cuando iban a lavar algunas mujeres al arroyo, al aca-
charse, se les veían los pololos manchados de menstruación y eso olía mucho.
Era necesario que hablasen de eso, pero no te creas que lo hacían mucho».*

De la menstruación también habló la entrevistada doce:

*«A mí, cuando me bajó el periodo, me asusté porque pensé que se me había
explotado un grano. [...] A la escuela íbamos con la ropa limpia, aunque algunas
pobrecitas iban con las alpargatas rotas, pero el auxilio social les ayudaba mu-
cho, me acuerdo de llevar aceite al auxilio».*

Por otro lado, tal y como lo comentó la entrevistada uno, la higiene en aquella época era muy importante, sobre todo para no pegar los piojos a nadie:

*«Al entrar a la escuela y en las Cátedras la maestra nos miraba que estuvie-
sen limpias las manos, las orejas y el pelo, para que no tuvieses piojos. Charlas
hacían pocas o ninguna, con decirte que, cuando nos llegaba la menstruación,
nos asustábamos, y si sabíamos algo del tema era porque nos lo decían las gran-
des».*

Además, según la muestra, se les brindaba información, aunque no mucha, de la importancia de una alimentación saludable y la práctica regular de ejercicio físico para mantener una buena salud en general. También recibían instrucción más detallada sobre temas relacionados con la salud reproductiva y el cuidado del cuerpo, de la piel y el cabello. La entrevistada quince lo atestiguó:

*«Tanto en las Cátedras como en la escuela nos hablaban poco de todo eso, yo
empecé a escuchar algo cuando empecé a ir al instituto que nos hicieron hacer
un trabajo, que era una tontería y todo muy por encima, pero ya hicimos algo
al respecto».*

Tal y como se ha detallado en el marco teórico, el nacional sindicalismo fue una ideología promovida por el régimen franquista que combinaba elementos del nacionalismo español con el sindicalismo vertical, que buscaba la integración de los trabajadores en estructuras corporativas controladas por el Estado. En menor medida, según la muestra, durante las Cátedras Ambulantes, las niñas y jóvenes

recibían enseñanzas y actividades orientadas a inculcar los principios del nacional sindicalismo y su papel en la sociedad, las niñas realizaban las actividades sobre la importancia del trabajo y la contribución a la comunidad. Se promovían valores de disciplina, solidaridad y lealtad hacia el Estado y a Franco. Las jóvenes aprendían conocimientos sobre el sindicato vertical y la jerarquía y organización de la Falange y la Sección Femenina, estas clases se impartían, sobre todo, en las Cátedras llegadas en los años cincuenta y principios de los sesenta. Así, lo explicó la entrevistada dieciséis:

«Nos decían, –la señorita instructora de la Cátedra va a venir a informarnos sobre la Sección Femenina–, otras veces decían –va a venir a repartir unas becas–, que se las daban siempre a los ricos y que muchos no las aprovecharon».

La entrevistada once aseguró lo siguiente al respecto:

«Por las mañanas gimnasia; luego, los talleres; después nos íbamos a comer. Por la tarde teníamos costura, bailes o teatro, un rato para rezar y, alguna vez, una charla de historia o de la Sección Femenina».

También la entrevistada catorce, que estudió entre 1951-1961, comentó: *«No me acuerdo de lo que nos hablaban en las charlas, pero eran cosas del régimen, de Franco, de José Antonio y esas cosas, pero esto fue más en mis tiempos, en los años cincuenta».*

Como se ha podido ver hasta ahora, las Cátedras Ambulantes no solo se limitaban a la enseñanza académica tradicional, sino que también ofrecían una variedad de actividades complementarias diseñadas para promover los valores, ideales y visiones del régimen. Entre estas actividades, se encontraban las lecturas dialogadas, proyecciones y conferencias. Entre los textos que se analizaban, se incluían obras literarias, discursos políticos, pasajes de la Biblia y textos históricos que enfatizaban los valores tradicionales, la unidad nacional y la lealtad al régimen. Las proyecciones eran otro medio utilizado para difundir la propaganda y los mensajes del régimen, mostrándose películas, documentales y cortometrajes que exaltaban la grandeza de España, la figura de Francisco Franco y los logros de la nación.

Por otro lado, personas relevantes como el cura, el médico o los maestros locales eran invitados a dar conferencias que servían para proporcionar información, educar a los participantes sobre cuestiones consideradas importantes en la época y promover también la adhesión a los principios y valores del régimen y la religión católica. Estas actividades servían para consolidar la hegemonía cultural y asegurar que los jóvenes internalizaran las normas y valores que favorecían la estabilidad del régimen franquista.

Las Cátedras extendían sus conocimientos entre otros sectores de la población, como las mujeres casadas o los adultos en general. Las mujeres casadas también participaban en actividades relacionadas con la puericultura y la higiene. Por ejemplo, se les enseñaba sobre la importancia de la limpieza diaria de la casa, así como la organización y ordenación de los espacios para crear un ambiente acogedor y saludable. La participante dieciséis recordó al respecto:

«Tanto en las Cátedras como en la escuela, y mira que tengo 64 años, que no soy muy mayor; muchísimas veces nos enseñaron a cuidar a los bebés con muñecos, nos decían cómo cogerlos, cómo cambiarlos, cómo quitarles los gases».

Por su parte, los adultos también participaban en actividades destinadas a fomentar su cultura general y promover los valores tradicionales y patrióticos del régimen. Estas actividades iban desde la historia y la literatura hasta la música y el arte, con el objetivo de proporcionar conocimientos y enriquecimiento cultural a los participantes. La cultura general para los adultos durante la visita de las Cátedras fue otra de las realidades en San Carlos del Valle, por lo general, se impartían clases de historia de España, con un enfoque en los logros y hazañas de figuras históricas importantes y eventos que destacaban la grandeza de la nación. Ejemplo de ello, fueron algunas conferencias y charlas dadas sobre la Reconquista, la conquista de América, enfatizando el papel de España como potencia mundial y promoviendo el orgullo nacional. Todo ello se acompañaba con lecturas de las obras clásicas de autores como Miguel de Cervantes o vidas de santos. El testimonio de la entrevistada doce refleja varios de esos aspectos: *«A algunos hombres les enseñaban oraciones para que se pudiesen casar; porque muchos no sabían rezar; pero, sobre todo, daban historia de España»*. También destaca al respecto lo verbalizado por la entrevistada once:

«A mi madre la llamaban algunas veces para que fuese a esas reuniones, pero apenas podía ir porque tenía que lavar la ropa para otro día y preparar las meriendas, porque ella se iba todas las mañanas a buscar leña a la sierra. Yo me iba con ella muchos días y, apenas asistí a nada de todo aquello».

Se concluye el apartado con la siguiente frase de la entrevistada número diez, la cual resume a grandes rasgos la llegada de las Cátedras a la localidad:

«Las Cátedras hicieron cosas curiosas en el pueblo, al menos eran atrayentes en aquella época, pero yo sé que nos educaban a las mujeres para cuidar de la casa y meternos en la cocina, porque, aunque hiciésemos gimnasia o bailes, todo estaba orientado a eso».

7. ADOCTRINAMIENTO E IDEOLOGIZACIÓN

Durante los primeros años del franquismo, las Cátedras llegadas a San Carlos del Valle se establecieron como una herramienta fundamental para el adoctrinamiento y la ideologización de niñas y mujeres en España, especialmente en las Cátedras llegadas entre los años cincuenta y sesenta. Estas Cátedras, como ya se ha venido viendo a lo largo del estudio, estaban diseñadas para inculcar los valores y principios del régimen franquista, tales como el nacionalismo, el catolicismo ferviente y la obediencia a la autoridad. Gracias al testimonio de las niñas y mujeres que participaron en estas actividades, se vislumbra que fueron adoctrinadas a través de un currículo rígido que incluía clases de historia nacional, labores domésticas y actividades físicas, todas impregnadas con el ideario franquista. De esta manera lo recuerda la entrevistada trece, que estudió entre el 1959 y el 1971:

«Yo tonta no era, y me daba cuenta de que lo que querían era que nos gustase el régimen. Ahí sí había que cantar el “Cara al Sol”, lo tenías que cantar; y si tocaba rezar, pues se rezaba. [...] Muchas no entendíamos las cosas que nos decían, porque solo queríamos jugar, pero sí se notaba que había interés por adoctrinar».

El adoctrinamiento se aplicaba a las participantes de diversas procedencias y contextos familiares, incluyendo aquellas familias que no compartían las mismas ideologías del régimen. En estos casos, las Cátedras Ambulantes actuaban como una extensión del control estatal sobre la educación y la formación moral, tratando de uniformar el pensamiento y los valores de todas las jóvenes, independientemente de sus antecedentes familiares. Así lo señalaron participantes como la entrevistada diecisiete: *«Eran los valores de la dictadura y de la Iglesia; eso es lo que hemos mamado. Que estén mejor o peor, con ellos hemos vivido, pero no nos ha ido tan mal.»*. Las participantes eran instruidas en la lealtad incondicional al régimen y en los roles tradicionales de género, enfatizando su futura función como esposas y madres al servicio del hogar y la nación.

A pesar de la rígida estructura ideológica, todas las niñas del pueblo querían participar en los bailes y teatros organizados por las Cátedras. El hecho de no participar suponía la exclusión social, comentarios negativos entre vecinos o incluso, en algunos casos, la pérdida del orgullo familiar. Por esta razón, algunas familias hacían grandes esfuerzos para confeccionar la ropa que sus hijas necesitaban para estas actividades, a fin de evitar levantar comentarios desfavorables en la localidad y asegurar la integración social de sus hijas. Este esfuerzo reflejaba la presión social que existía para conformarse a las expectativas del régimen y mantener una apariencia de adhesión y normalidad. Algunas de las niñas que participaron en las Cátedras se quedaron sin participar en los actos finales al no tener sus padres los recursos necesarios para confeccionarles el atuendo del baile o del teatro. Como

se puede ver, no todas las familias podían permitirse esos gastos adicionales, lo que añadía una barrera económica a la participación plena en las actividades. Estas desigualdades reflejaban una disparidad en el acceso y la plena integración en el sistema de adoctrinamiento del régimen, creando divisiones y resentimientos entre las participantes. Las niñas cuyas familias no podían costear los trajes a menudo enfrentaban la marginación y el estigma social, subrayando las tensiones entre el ideal de unidad nacional y la realidad de las diferencias socioeconómicas.

El rol autoritario de las profesoras en las Cátedras Ambulantes era otra característica destacada de estas. Las instructoras actuaban con una estricta disciplina y control, reflejando la rigidez y el autoritarismo del régimen franquista. Con el paso de los años y particularmente durante los años 60 y 70, se produjo un cambio gradual en el enfoque y la actitud de estas educadoras. Aunque según la entrevistada cuatro, una de las participantes con menos edad y que estudió entre 1969-1980, el estilo de vida que fomentaban las Cátedras era *«un estilo de vida como el de las mujeres de antes, con pocos cambios»*, otras más mayores como la entrevistada dos aseguró que recibió durante los años de su educación formal unos:

«valores sanos, de convivencia, que te ayudaban a ser una mujer de bien, formal, íbamos a misa con alegría, cantábamos, nadie se metía con nadie, visitábamos a los familiares mucho, no había tanta maldad ni tanto odio, la gente se perdonó, se vivía bien».

A medida que España comenzaba a abrirse y el régimen afrontaba presiones internas y externas por una mayor liberalización, las Cátedras empezaron a adoptar un enfoque más flexible y democrático. Las profesoras comenzaron a ser más comprensivas y adaptativas, permitiendo una mayor libertad de expresión y participación de las alumnas, aunque siempre dentro de los límites aceptables para el régimen. Este cambio reflejaba una transformación más amplia en la sociedad española, que lentamente se movía hacia una mayor apertura y diversidad de pensamiento. Aunque el adoctrinamiento seguía siendo un componente central, las cátedras ambulantes de los años setenta se caracterizaban por un ambiente menos opresivo y más inclusivo, intentando adaptarse a las nuevas realidades sociales y a las demandas de una juventud cada vez más consciente y crítica. Más de la mitad de la muestra considera que el nivel de exigencia de las actividades de las Cátedras era alto, y el 43 % considera que las profesoras de las Cátedras realizaban las clases de manera autoritaria. La participante entrevistada número quince atestiguó al respecto: *«Recuerdo que estas mujeres de las Cátedras eran bien firmes y no te creas que se casaban con nadie, si no te aprendías lo que te pedían, se enfadaban contigo y te regañaban, eran bastante autoritarias».*

El adoctrinamiento y la ideología dominante promovían una visión muy restringida de la feminidad, en la cual las chicas no solían practicar deportes, ya que estas actividades eran consideradas, en algunos casos, inapropiadas para ellas. Aquellas que desafiaban estas costumbres y se dedicaban a practicar deportes eran a menudo estigmatizadas y etiquetadas con apodosos despectivos como “marimachos”, “medio tío” o “machopipos”. En este sentido, la entrevistada diez explicaba: *«Había una maestra que nos enseñó a jugar al balonmano y, a la mayoría no nos gustaba, luego se quedaban jugando algunas como (dice los nombres) y las llamábamos marimachos»*. Otros testimonios que reflejan la discriminación de las mujeres por jugar a deportes asociados al género masculino fue el de la entrevistada dieciséis: *«Había una chica que le gustaba el fútbol y le decían que se comportaba como un tío»*.

Algunas jóvenes eran señaladas no solo por su afición al deporte, sino también por su tendencia a juntarse con chicos y realizar actividades deportivas con ellos en las afueras del pueblo, lo cual era visto como una conducta impropia y poco femenina. A pesar de que algunas maestras y profesoras de Cátedras intentaron fomentar deportes como el balonmano o el voleibol entre las chicas, se toparon con la poca afluencia de jóvenes interesadas. Muchas jóvenes y sus familias rechazaban participar en estas actividades deportivas, considerándolas exclusivas de los chicos y criticando duramente a aquellas que se atrevían a competir, perpetuando así los roles de género tradicionales y limitando las oportunidades de desarrollo físico y personal de las mujeres jóvenes.

Hay que destacar que las mujeres y niñas que participaban en las Cátedras eran conscientes de que estas pertenecían a la Sección Femenina de la Falange y que tenían un fin adoctrinador. En muchos casos, las familias que no eran afines al régimen les recordaban a sus hijas que se trataba de una educación alineada con los ideales del franquismo. No obstante, la mayoría de las familias, independientemente de su ideología, valoraban positivamente el trabajo que hacían las cátedras. Las profesoras, a través de su dedicación y esfuerzo, lograban ganarse el cariño y el respeto del pueblo, convirtiéndose en figuras apreciadas en la comunidad. Las entrevistas dejaron algunos testimonios al respecto como el de la entrevistada número nueve:

«Siempre estaban mejor miradas para hacer actividades las hijas de los ricos del pueblo que eran más afines al régimen, pero la verdad que las instructoras solían hacer pocas distinciones entre las chicas de una clase y las de otra. Además, si ellas veían que valías para algo, como, por ejemplo, para bordar, pues te animaban a seguir. Si alguna vez dieron becas para estudiar, a los pobres nunca nos tocaban y mucho menos a las mujeres, ¿dónde iba una mujer por ahí sola? No, no, eso nunca».

El adoctrinamiento de la educación franquista de manera general y de las Cátedras Ambulantes de manera particular han dejado una profunda huella en el pensamiento y la ideología de una generación de cristeños. En pueblos pequeños como el elegido en la muestra, todavía se percibe una ideología patriarcal en la que está mal visto que la mujer vaya sola o vista de una determinada manera. Prueba de ello lo revela la entrevistada diecisiete en su historia:

«Todas estas cosas de las que estamos hablando aún se ven en el pueblo, y se critica a algunas muchachas por cómo van o con quién van. En los años noventa, cuando ya empezaron a salir mujeres más echadas para adelante, eso se veía como algo escandaloso, e incluso las familias lo consideraban una deshonra que sus hijas se fuesen por ahí o se juntasen en pandillas con chicos».

Por otro lado, testimonios como el de la entrevistada dieciséis revelan los sufrimientos que muchas mujeres tuvieron que soportar:

«Había que mantener la honra. Como no sabíamos nada del sexo, algunas se quedaban embarazadas, y esas pobres sí que sufrían: las casaban de noche y, seguramente, antes sus madres les habían pegado palizas. Una llegó a tirarse a un pozo por quedarse embarazada. Hoy en día, también sigue viéndose mal eso de los embarazos sin casar. Tampoco estaba bien visto el maquillaje, la depilación y esas cosas; te trataban de “guarra”, hasta tu propio padre, y te daba dos guantazos. La vida era recta».

8. LA DIFERENCIACIÓN EN LA EDUCACIÓN DE SAN CARLOS DEL VALLE

Tal y como se ha explicado en el marco teórico, la educación de los niños y las niñas durante el franquismo ha seguido trayectorias separadas durante muchos años. Durante ese tiempo, la educación diferenciada sirvió como un mecanismo de control moral y represión social, reforzando los roles tradicionales de género y limitando las oportunidades educativas y profesionales para las mujeres. Según la entrevistada seis: *«No te relacionabas nada más que con tus amigas, y en la escuela siempre entre crías, hasta que te hacías novia».* Esa separación o distinción tenía un enfoque claro en preparar a cada género para los roles tradicionales que el régimen consideraba apropiados. Mientras los niños recibían una educación orientada a la formación académica y profesional, las niñas eran instruidas en habilidades domésticas, religiosas y morales. Así lo refleja el testimonio de la entrevistada dieciséis:

«Los niños sí que hacían gimnasia; ellos siempre estaban para arriba y para abajo. Estaba mejor visto en ellos que hicieran todo eso, y no se te ocurriese acercarte a ellos, porque en tu casa te regañaban. Nosotras eran cosas más de la casa, ya que no íbamos a ir a la mili».

En la misma línea la entrevistada tres comentó lo siguiente: *«Nos separaban siempre de manera estricta. Yo tenía muy claro que era diferente a ellos y que estaba destinada a realizar otras cosas. Creo que eso ni te lo enseñaban, iba desde siempre contigo»*.

En San Carlos del Valle, esta diferenciación se mantuvo hasta el año 1966, cuando los niños y las niñas comenzaron a estudiar juntos en las mismas aulas de párvulos. Este pequeño cambio, aunque significativo, no eliminó las diferencias en la educación que recibían. En las Cátedras Ambulantes, las actividades seguían siendo fuertemente segregadas por género. Las niñas eran instruidas en costura, cocina y otras tareas domésticas, mientras que los niños recibían formación en actividades más técnicas y deportivas. Esta diferenciación tenía como objetivo reforzar los roles de género tradicionales y preparar a las niñas para su futuro como amas de casa y madres. En el ámbito de los teatros y bailes organizados por las Cátedras, la diferenciación de género era igualmente evidente, según los resultados del estudio, los bailes y teatros promovidos por las Cátedras solían ser actividades mixtas, aunque el número de varones era siempre más bajo que el de mujeres. Las niñas eran las principales participantes en los bailes y representaciones teatrales, donde se les enseñaba a desempeñar roles que reflejaban la idealización de la feminidad y la domesticidad. En las ocasiones en que se realizaban actividades conjuntas, como bailes folclóricos, las chicas solían bailar con varones cercanos a ellas, como primos o hermanos, manteniendo siempre una estructura que enfatizaba las relaciones familiares y la moralidad. Los chicos, por otro lado, a menudo tenían papeles más activos y dominantes en estas representaciones, reforzando la idea de liderazgo masculino. Las ropas utilizadas en las Cátedras también reforzaban esta diferenciación de género, con atuendos específicos que ayudaban a distinguir claramente a las mujeres de los hombres, subrayando los roles tradicionales que cada uno debía cumplir. La entrevista número cuatro detalló que:

«Casi siempre éramos las crías las que hacíamos los teatros y los bailes, yo recuerdo tener casi siempre papeles grandes en los teatros. Si alguna vez participaban muchachos solían ser más pequeños. Yo creo que a ellos les daba vergüenza, porque decían que si hacías esas cosas o cogías una escoba, se te caía la cola, y eso avergonzaba mucho a los muchachos» (Fig. 8).

El testimonio de la entrevistada tres también resulta llamativo al respecto y en el cual se ve el poco interés de los chicos por el baile:

«Mi pareja en los bailes era mi vecino, pero él ensayaba poco porque tenía que ir al campo y me decía: –No te fíes de mí, que con tener que ir al campo no me lo voy a aprender–. Por eso, creo que en la clausura bailé la jota con mi prima».



Fig. 8: Grupo de niños cristeños bailando en la clausura de las Cátedras. Década de los 70. Fuente: Familia Sánchez Barchino.

La entrevistada cuatro también comentó en este sentido: *«Las niñas pequeñas no bailábamos con niños, éramos siempre un grupo de mozas solas las que nos poníamos bailar»*. En cuanto a este tema, la entrevistada cinco recordaba: *«A los muchachos los enseñaban a ser cadetes en las eras, hacían instrucción, jugaban al salto del potro mucho, y nosotras más a las cosas domésticas»*.

En el ámbito deportivo, las diferencias eran aún más pronunciadas. El 81 % de la muestra considera que, durante su infancia, la práctica deportiva era vista como una actividad más masculina que femenina. Las niñas participaban en actividades de gimnasia rítmica y ejercicios suaves, que eran vistos como apropiados para su delicadeza y feminidad. Los chicos, en cambio, practicaban deportes más competitivos y físicos, como el fútbol, el atletismo y otros deportes de equipo. Esta separación reflejaba las expectativas sociales de la época y perpetuaban la idea de que los hombres debían ser fuertes y competitivos, mientras que las mujeres debían estar dedicadas a su apariencia física. Curioso resulta el comentario de la entrevistada cinco en relación con ello:

«Nosotras, que éramos crías, caíamos en todo ese pensamiento de antiguamente, ni te planteabas hacer cosas de chicos y, mucho menos, acercarte a ellos. Nosotras teníamos que ser reservadas. Si en las fiestas bailabas con varios hom-

bres, te llamaban de todo, porque los mismos hombres alardeaban luego de si te habían tocado el culo o te habían rozado una teta durante el baile».

Por último, a las mujeres no se les permitía emprender carreras profesionales artísticas, ya que se esperaba que cumplieran roles tradicionales dentro del hogar. Por ejemplo y según la entrevistada dos:

«Una niña que cantaba muy bien, fue impedida por sus padres para estudiar canto con una beca del régimen, porque consideraban que su papel estaba en el pueblo, ayudando a reunir la dote, esperando a que la pretendiesen y cuidando a los abuelos y a sus hermanos pequeños».

De manera similar, los hombres tampoco tenían muchas oportunidades de seguir carreras fuera de las actividades agrícolas o ganaderas, la mayoría estaban destinados a ser agricultores o pastores.

9. CONCLUSIONES

El trabajo realizado sobre las Cátedras Ambulantes del franquismo en San Carlos del Valle ofrece una visión detallada y crítica de cómo este sistema educativo fue utilizado como una herramienta de adoctrinamiento y control social, algo que sigue sucediendo, aunque de una manera menos implícita, en las nuevas leyes educativas que se van aprobando y sucediendo en el tiempo. Teniendo como base el estudio de fondo realizado, se ha podido recabar información valiosa que permite entender mejor la ideología franquista y su impacto en la vida de las mujeres y niñas cristeñas de la época, así como en la educación diferenciada por sexo y la práctica deportiva.

El franquismo promovía una ideología que subrayaba la importancia del nacionalismo, el catolicismo y la obediencia a la autoridad. Dentro de este marco, la mujer era vista principalmente como esposa y madre, roles que debían ser desempeñados con devoción y sumisión. El régimen insistía en que las mujeres debían estar alejadas de las esferas públicas y profesionales, dedicándose en cambio a las tareas del hogar y a la crianza de los hijos. Este concepto de feminidad estaba profundamente arraigado en la educación impartida por las Cátedras Ambulantes, que enfatizaban la preparación de las niñas para su futuro como amas de casa. La educación femenina durante el franquismo estaba diseñada para inculcar en las niñas los valores tradicionales que el régimen consideraba esenciales. Las Cátedras jugaban un papel central en este proceso, ofreciendo un currículo que incluía clases de religión, baile, puericultura, costura, cocina, y otras tareas domésticas, todas ellas orientadas a reforzar el rol de la mujer en el hogar. A través de estas actividades, se buscaba formar mujeres obedientes y sumisas, alineadas con la ideología del régi-

men. Las entrevistas con mujeres que participaron en estas Cátedras revelan cómo muchas de ellas fueron conscientes del carácter adoctrinador de esta educación, aunque también muestran que la mayoría de las familias, independientemente de su ideología, valoraban positivamente el trabajo realizado por las profesoras.

A pesar de que algunas maestras fomentaron deportes como el balonmano o el voleibol entre las niñas, estas iniciativas enfrentaron una fuerte resistencia social, ya que el deporte era considerado una actividad masculina y las niñas que participaban en él eran a menudo estigmatizadas. El énfasis en la gimnasia dentro de las Cátedras Ambulantes del franquismo reflejaba la importancia que el régimen otorgaba a la salud y al cuerpo como parte fundamental de la formación de las mujeres. Con ello, se buscaba promover un estilo de vida activo y saludable entre las niñas, al tiempo que se reforzaban los valores de disciplina y obediencia.

La enseñanza de la higiene también se integraba en este enfoque, preparando a las jóvenes para enfrentar situaciones de emergencia y promoviendo la responsabilidad hacia el bienestar propio y el de los demás. Además, estas prácticas se veían como beneficiosas para la salud física y como una preparación para el papel que las mujeres desempeñarían en el futuro como madres y cuidadoras de la familia, pues en aquella época, las jóvenes rurales de clase media, baja o muy baja solamente podían aspirar a que las pretendiesen, para después casarse, trabajar en la casa y en el campo o como mucho irse a una capital a servir, algo que sucedía ocasionalmente ante la negativa de los progenitores. En este sentido, las Cátedras no solo buscaban formar a las mujeres del mañana en aspectos prácticos, sino también inculcarles valores y habilidades que consideraban esenciales para su papel en la sociedad franquista. El impacto de las Cátedras Ambulantes, aunque positivo en algunos aspectos, resultó insuficiente para transformar las oportunidades de vida de las jóvenes rurales.

Por otro lado, la presente investigación muestra cómo el currículo de las Cátedras fue adaptándose a cada tiempo, al igual que se adaptó el franquismo. Mientras que las mujeres mayores recuerdan principalmente haber tenido actividades de costura, aquellas que estudiaron en los últimos años del franquismo mencionan que en las Cátedras realizaban más bailes y teatros. No obstante, las actividades fueron parecidas durante toda la dictadura, incluso algunas se desarrollaron durante todo el franquismo como la gimnasia, las manualidades o las charlas sobre la Sección Femenina.

Por otro lado, resulta clave destacar que las Cátedras también otorgaban gran valor a las costumbres, bailes y cantos de los pueblos, intentando involucrar al mayor número posible de ciudadanos. Con estas actividades se fomentaba el espíritu de pertenencia a una comunidad, pretendiendo construir pueblos sobre los

cimientos de la tradición y la cultura popular de cada localidad rural. Este enfoque buscaba preservar y fortalecer la identidad local, promoviendo una conexión profunda entre los habitantes y sus raíces culturales, y asegurando que las tradiciones se mantuvieran vivas a través de las generaciones.

Respecto a la diferenciación de sexo era una característica central de la educación franquista. En San Carlos del Valle, como en el resto de los pueblos de España, las niñas eran preparadas para ser amas de casa mientras que los niños eran orientados hacia carreras técnicas y agrícolas. En las actividades conjuntas, como los teatros y bailes, los roles seguían estando claramente definidos, con las niñas desempeñando papeles que reflejaban la feminidad y los niños tomando roles más activos y dominantes. Así lo aseguró la entrevistada tres: «*Lo que se fomentaba en todo el pueblo, no solo en la escuela, era que las mujeres teníamos que cuidar la casa y los críos, y los hombres tenían que ir al campo*». Esta diferenciación también se reflejaba en las actividades deportivas, donde las niñas participaban en gimnasia rítmica y otras actividades consideradas apropiadas para su sexo, mientras que los niños practicaban deportes competitivos y físicos o incluso instrucción militar. Un ejemplo de ello fue comentado por la entrevistada siete: «*La gimnasia estaba mejor vista en los hombres, nosotras nos entreteníamos más haciendo manualidades con florecillas o cosiendo*». Resulta preciso señalar también que, a pesar de los avances logrados como sociedad, todavía persiste la creencia de que las mujeres que practican deporte son poco femeninas, siendo frecuentemente señaladas y llamadas con sobrenombres despectivos. Lo mismo ocurre con los chicos que no se muestran afines al seguimiento del fútbol o que se relacionan mejor con chicas que con chicos.

Por consiguiente, el adoctrinamiento y la educación diferenciada del franquismo han dejado una marca duradera en las generaciones que crecieron bajo este régimen. En pueblos pequeños como San Carlos del Valle, aún se perciben los efectos de esta educación patriarcal. Las mujeres siguen siendo, en algunos casos, las principales responsables del cuidado de los hijos, de los nietos y del hogar. Aunque este panorama está empezando a cambiar lentamente con la influencia de nuevas generaciones que cuestionan los roles tradicionales.

La investigación ha revelado que las mujeres recuerdan con cierta tristeza no haber tenido una vida tan liberal, especialmente aquellas nacidas a partir de los años 60. Estas mujeres, aunque lamentan la falta de libertades, también valoran aspectos positivos de su juventud, como la sencillez, la tranquilidad y la dulzura de esos años. Tal y como dijo la entrevistada nueve: «*En tu casa y en la escuela te enseñaban a ser buena persona y a no dar escándalos en el pueblo*».

Las mujeres más mayores, que vivieron en su mayoría durante las décadas más rígidas del franquismo, sienten una profunda nostalgia por no haber podido estudiar más, así lo mostró la entrevistada uno: «Yo iba todos los días a la escuela, valía para eso, no pude estudiar porque a los 12 años me quedé huérfana y tenía que cuidar de mis hermanos, uno de ellos de pocos meses». Diversas causas contribuyeron a esta situación, siendo la necesidad de trabajar la más predominante. A pesar de estos obstáculos, son estas mujeres mayores quienes tienden a valorar más los valores rectos del régimen franquista, apreciando la estructura y los principios que regían sus vidas. Esta dualidad de sentimientos muestra una compleja relación con su pasado, donde la añoranza y la valoración de ciertos aspectos positivos conviven con el reconocimiento de las limitaciones impuestas por la época.

La educación promovida en esos tiempos en los pueblos pequeños, y tal y como se ha ido viendo en todo el trabajo, también construyó un estilo único de mujer, especialmente en los pueblos, donde todas seguían el mismo patrón: vestían igual, se dedicaban a las mismas actividades, como el cuidado de la casa, asistir a misa y cuidar a los niños. Incluso en temas como el cuidado de la familia, el noviazgo, el matrimonio, la religión y las tradiciones, la gran mayoría compartía las mismas creencias y comportamientos. Este modelo homogéneo reforzaba un sentido de uniformidad y cohesión social perpetuando un estilo de vida donde las diferencias individuales quedaban subordinadas a las normas colectivas.

Por último, la diferenciación de género en la educación y la insistencia en roles tradicionales de género han tenido un impacto profundo y duradero en la sociedad española, sobre todo, en zonas rurales como San Carlos del Valle. Las entrevistas y cuestionarios realizados proporcionan una valiosa perspectiva sobre cómo estas políticas afectaron a las vidas de las mujeres y niñas rurales, y cómo algunas de estas influencias aún persisten en la actualidad. Este análisis además de subrayar la importancia de entender el pasado para reconocer sus repercusiones en el presente también defiende la necesidad de continuar promoviendo una educación equitativa y libre de prejuicios ideológicos.

FUENTES DOCUMENTALES

Fuentes Primarias

Ayuntamiento de San Carlos del Valle (1960): *Libro de la Junta de Instrucción Pública*. San Carlos del Valle.

Ayuntamiento de San Carlos del Valle (1988): *Libro de acuerdos de gobierno de 1988*. San Carlos del Valle.

Archivo del Juzgado Municipal de San Carlos del Valle: *Libros de nacimientos de 1950-1975*. San Carlos del Valle.

Cuestionarios realizados por 63 mujeres de San Carlos del Valle (16 de marzo de 2023).

Entrevistas realizadas a 17 mujeres de San Carlos Del Valle (16 y 17 de marzo de 2023).

Bibliografía

- AGUILAR CARRIÓN, I. (2012): “La participación activa de la mujer en la Sección Femenina”. *Investigación y género. Inseparables en el presente y en el futuro*, 39-56. Universidad de Sevilla; Unidad para la Igualdad. Sevilla.
- CRUZ SAYAVERA, S. (2016): “El sistema educativo durante el franquismo: las leyes de 1945 y 1970”. *Revista Aequitas: Estudios sobre historia, derecho e instituciones*, 33-34. Sevilla.
- DEVÍS DEVÍS, J.; RODRIGO ATIENZA, G. y PEIRÓ RUBIO VELERT, C. (2010): “Rafael Chaves Fernández y el predeporte en la educación física del franquismo”. *Citius, Altius, Fortius*, 3(2): 81-96.
- GARCÍA REDONDO, E. (2017): “La expresión de las Cátedras Ambulantes «Francisco Franco» en Castilla y León. Una recreación de las misiones culturales dirigidas por y para las mujeres”. *Espacios y tiempos de modernización educativa en iberoamérica*, 36: 343-364. Salamanca.
- GÓMEZ CUESTA, C. (2009): “Entre la flecha y el altar: el adoctrinamiento femenino del franquismo. Valladolid como modelo, 1939-1959”. *Cuadernos de historia contemporánea*, 31: 297-317. Madrid.
- GÓMEZ FERNÁNDEZ, A. B. (2010): “La llegada de las cátedras ambulantes de Sección Femenina a Sierra Mágica”. *Sumuntán*, 28: 89-104. Murcia.
- LANZA (2010): “Abenójar nombra hija predilecta a Enriqueta Fernández Mera”. *LANZA*, 14 de Agosto de 2010: www.lanzadigital.com/provincia/abenobar-nombra-hija-predilecta-a-enriqueta-fernandez-mera (acceso: 20-IV-2025).
- LAVAIL, C. (2008): “De la creación de la Sección Femenina (1934) a la campaña electoral de 1936: Modalidades de intervención de las mujeres falangistas en la esfera pública”. *Arenal*, 15(2): 345-370. Granada.
- MORAGA GARCÍA, M. Á. (2008): *Notas sobre la situación jurídica de la mujer en el franquismo*. Feminismo. Madrid.
- PALACIOS BAÑUELOS, L. (2014): *Las mujeres de España: su labor asistencial, social y cultural*. La Albolafia: Revista de Humanidades y Cultura. Córdoba.
- RAMOS, S. y RABAZAS, T. (2007): “Mujeres e instrucción en el desarrollismo español”. *Historia de la Educación*, 26: 221-256. Salamanca.
- RODRÍGUEZ BELLÓN, J. V. (2022): *Las Cinco Torres*. Printcolor. Barcelona.
- SÁNCHEZ LLAMAS, F. J. (1994): “Dos visiones de educación popular. El Patronato de Misiones Pedagógicas y las Cátedras Ambulantes”. *Isla de Arriarán: Revista Cultural y Científica*, 4: 129-140. Málaga.

9

REVISTA DE ESTUDIOS DEL CAMPO DE MONTIEL

2025

ISSN: 2172-2633
ISSN-e: 1989-595X



Redacción, correspondencia y servicio de intercambio

Centro de Estudios del Campo de Montiel - CECM
Plaza Mayor, 1 (Ayuntamiento)
13328 - Almedina
Ciudad Real, España
recm@cecampomontiel.es
www.cecampomontiel.es/recm/

Maquetación

Pedro R. Moya Maleno

Indización



© De la edición: CECM

© De los contenidos: los autores.

El CECM no comparte necesariamente las opiniones expresadas por los autores de los contenidos.

FICHA CATALOGRÁFICA

Revista de Estudios del Campo de Montiel /
Centro de Estudios del Campo de Montiel.- Vol. 9 (2025).-
Almedina: Centro de Estudios del Campo de Montiel, 2025.
Rev. estud. Campo Montiel // RECM
170 x 227 mm.
Bienal
ISSN electrónico: 1989-595X
ISSN papel: 2172-2633
ISSN-L:1989-595X
III. Centro de Estudios del Campo de Montiel
DOI Revista: 10.30823
Área de conocimiento: Miscelánea



Revista de Estudios del Campo de Montiel

Rev. estud. Campo Montiel // RECM

recm@cecampomontiel.es
www.cecampomontiel.es/recm

Dirección Científica

Dr. Pedro R. Moya Maleno

Coordinación Editorial

D. Fco. Javier Moya Maleno

Consejo Editorial

Dr. Álvaro Sánchez Climent, Arqueólogo, España
Dra. Carmen Pérez Peña, Universidad de Cádiz-INDESS, España
Dr. Daniel García Martínez, CECM / Universidad Complutense de Madrid, España
D. Esteban Jiménez González, CECM / Biblioteca Pública del Estado de Ciudad Real, España
Dr. Jesús Francisco Torres Martínez, Instituto Monte Bernorio de Estudios de la Antigüedad del Cantábrico (IMBEAC), España
Dr. José A. López Sánchez, Universidad de Cádiz-INDESS, España
Dr. Manuel Antonio Serrano de la Cruz Santos-Olmo, CECM / Universidad de Castilla-La Mancha, España
Dra. Mercedes Jimenez García, Universidad de Cádiz-INDESS, España

Consejo Asesor

Dr. Alfredo Arcos Jiménez, Universidad de Castilla-La Mancha, España
Dra. Ángela Madrid Medina, CECEL-CSIC, España
Dr. Benito Navarrete Prieto, Universidad Complutense de Madrid, España
Dra. Concepción Fidalgo Hijano, Universidad Autónoma de Madrid, España
Dra. Consolación González Casarrubios, Universidad Autónoma de Madrid (jubilada), España
Dr. Christian Aguilar Yáñez, Universidad Austral, Chile
Dr. Francisco Alfonso Valdivia Sevilla, Universidad de Sevilla, España
Dr. Francisco Cebrián Abellán, Universidad de Castilla-La Mancha
Dr. Francisco Javier Campos y Fernández de Sevilla, Estudios Superiores de El Escorial, España
Dr. Francisco Parra Luna, Universidad Complutense de Madrid (jubilado), España
Dr. Gonzalo Martínez García, Universidad de Córdoba, España
Dr. José Ignacio Ruiz Rodríguez, Universidad de Alcalá, España
Dr. José Manuel Pedrosa Bartolomé, Universidad de Alcalá de Henares (jubilado), España
Dr. Juan Antonio González Martín, Universidad Autónoma de Madrid, España
Dr. Manuel Luna Samperio, Universidad Católica San Antonio de Murcia, España
Dra. Marcela Cubillos Poblete, Universidad de Valparaíso, Chile
Dra. María Esther Almarcha Núñez-Herrador, Universidad de Castilla-La Mancha-CECLM, España
Dra. Rosario García Huerta, Universidad de Castilla-La Mancha, España

Índice

	<u>Págs.</u>
PEDRO R. MOYA-MALENO: <i>Un pondus y una moneda inéditos de Laminium (Alhambra, Ciudad Real): estudio y reflexiones patrimoniales.....</i>	15-36
JUAN CARLOS GÓMEZ MACÍAS: <i>Un puente de Vandelvira sobre el río Guadalmena en el Campo de Montiel.....</i>	37-67
CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL y CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA: <i>Un ejemplo de retablistica romanista en el Campo de Montiel: El retablo de la iglesia de Santa Catalina en La Solana (1576-1586).....</i>	69-98
MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA: <i>Hidalguía y arte en el Campo de Montiel: la capilla de Santiago de la parroquia de Santa Catalina, de La Solana.....</i>	99-122
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Muerte barroca y religiosidad en el Campo de Montiel, siglos XVII-XVIII.....</i>	123-199
BERNARDO SEVILLANO MARTÍN: <i>Ruidera en las Descripciones del cardenal Lorenzana.....</i>	201-225
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>Semblanza de don Domingo Vázquez Andújar (1856-1917).....</i>	227-253
JOSÉ VICENTE RODRIGUEZ BELLÓN: <i>Las Cátedras Ambulantes y la educación femenina en San Carlos del Valle.....</i>	255-299
 CRÓNICAS Y RECENSIONES	
<i>Fuentes histórico-geográficas como estrategia de valor añadido para la internacionalización y el turismo. El caso de las Relaciones Topográficas del s. XVI según F. Javier Campos y Fernández de Sevilla (ROGELIO JORGE-MARTÍN)....</i>	303-319
 NORMAS DE PUBLICACIÓN	 321-323

Summary

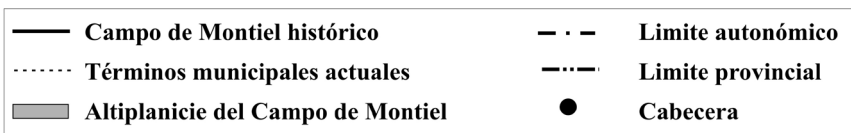
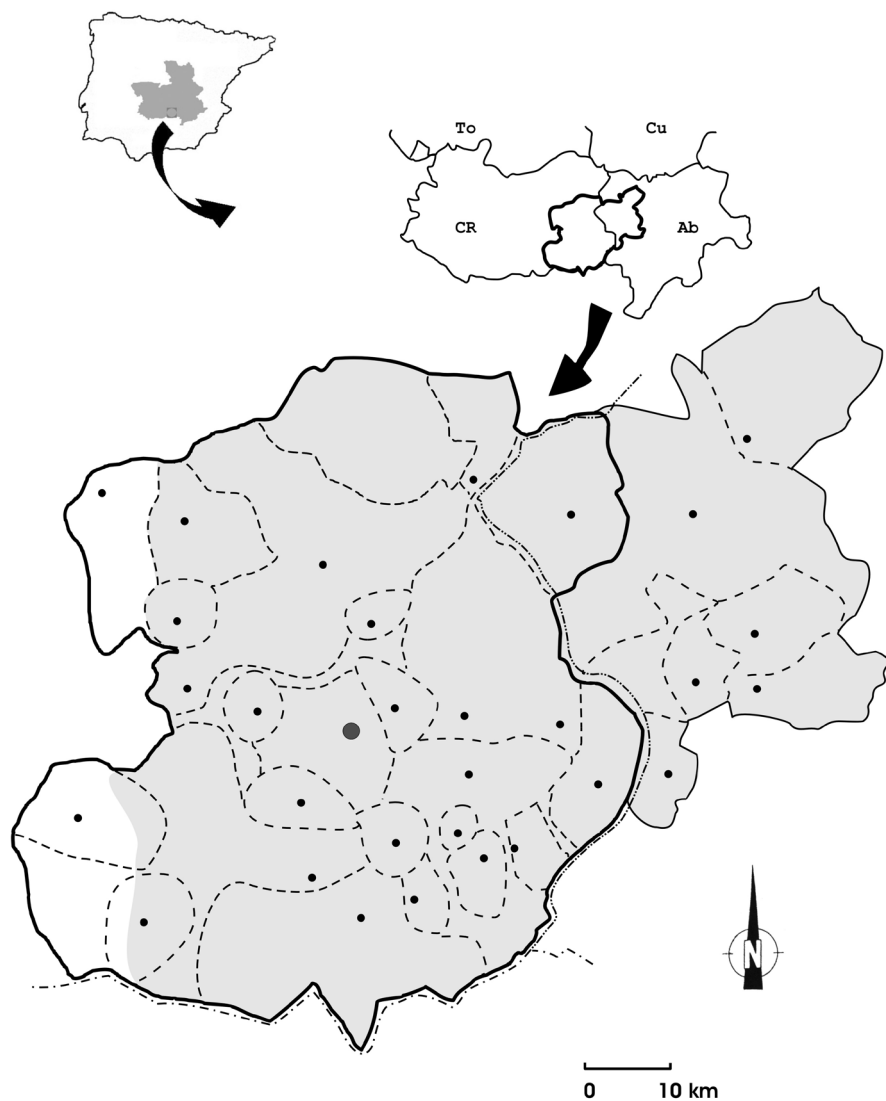
	<u>Pages</u>
PEDRO R. MOYA-MALENO: <i>An unpublished pondus and coin from Laminium (Alhambra, Ciudad Real): study and heritage considerations.....</i>	15-36
JUAN CARLOS GÓMEZ MACÍAS: <i>Vandelvira bridge over the Guadalmena river in Campo de Montiel.....</i>	37-67
CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL & CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA: <i>An Example of Romanist Altarpiece design in Campo de Montiel: The Altarpiece of Santa Catalina's Church in La Solana (1576-1586).....</i>	69-98
MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA: <i>Nobility and Art in the Campo de Montiel: the Chapel of Santiago in the Church of Santa Catalina, La Solana.....</i>	99-122
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Baroque Death and Religiosity in the Campo de Montiel during the 17th and 18th Centuries.....</i>	123-199
BERNARDO SEVILLANO MARTÍN: <i>Ruidera in the Cardinal Lorenzana's Descriptions.....</i>	201-225
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>Biographical Sketch of Mr. Domingo Vázquez Andújar (1856-1917).....</i>	227-253
JOSÉ VICENTE RODRIGUEZ BELLÓN: <i>The Mobile Classrooms and Women's Education in San Carlos del Valle.....</i>	255-299

CHRONICLES AND BOOK REVIEWS

<i>Fuentes histórico-geográficas como estrategia de valor añadido para la inter- nacionalización y el turismo. El caso de las Relaciones Topográficas del s. XVI según F. Javier Campos y Fernández de Sevilla (ROGELIO JORGE-MARTÍN)....</i>	303-319
---	---------

PUBLICATION GUIDELINES

321-323



Índice

	Págs.
PEDRO R. MOYA-MALENO: <i>Un pondus y una moneda inéditos de Laminium (Alhambra, Ciudad Real): estudio y reflexiones patrimoniales</i>	15
JUAN CARLOS GÓMEZ MACÍAS: <i>Un puente de Vandelvira sobre el río Guadalmena en el Campo de Montiel</i>	37
CARLOS FERNÁNDEZ-PACHECO SÁNCHEZ-GIL y CONCEPCIÓN MOYA GARCÍA: <i>Un ejemplo de retabística romanista en el Campo de Montiel: El retablo de la iglesia de Santa Catalina en La Solana (1576-1586)</i>	69
MIGUEL ÁNGEL SÁNCHEZ GARCÍA: <i>Hidalguía y arte en el Campo de Montiel: la capilla de Santiago de la parroquia de Santa Catalina, de La Solana</i>	99
CARLOS SÁNCHEZ MOLINA: <i>Muerte barroca y religiosidad en el Campo de Montiel, siglos XVII-XVIII</i>	123
BERNARDO SEVILLANO MARTÍN: <i>Ruidera en las Descripciones del cardenal Lorenzana</i>	201
JAVIER CALAMARDO MURAT: <i>Semblanza de don Domingo Vázquez Andújar (1856-1917)</i>	227
JOSÉ VICENTE RODRIGUEZ BELLÓN: <i>Las Cátedras Ambulantes y la educación femenina en San Carlos del Valle</i>	255
CRÓNICAS Y RECENSIONES	
<i>Fuentes histórico-geográficas como estrategia de valor añadido para la internacionalización y el turismo. El caso de las Relaciones Topográficas del s. XVI según F. Javier Campos y Fernández de Sevilla (ROGELIO JORGE-MARTÍN)</i>	303
NORMAS DE PUBLICACIÓN	

ISSN 1989-595X



9 772172 263002

2025

ISSN: 2172-2633
ISSN-e: 1989-595X